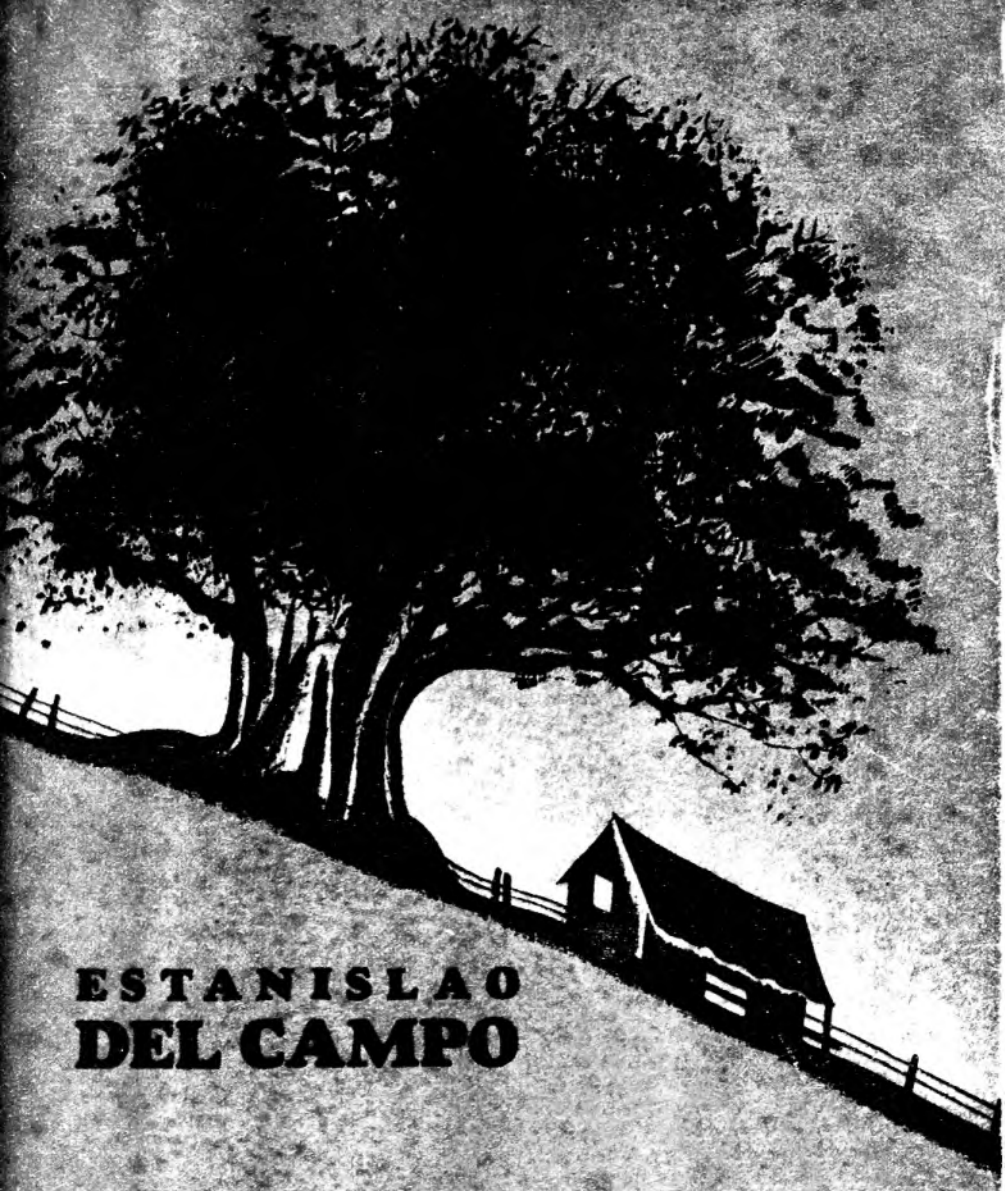
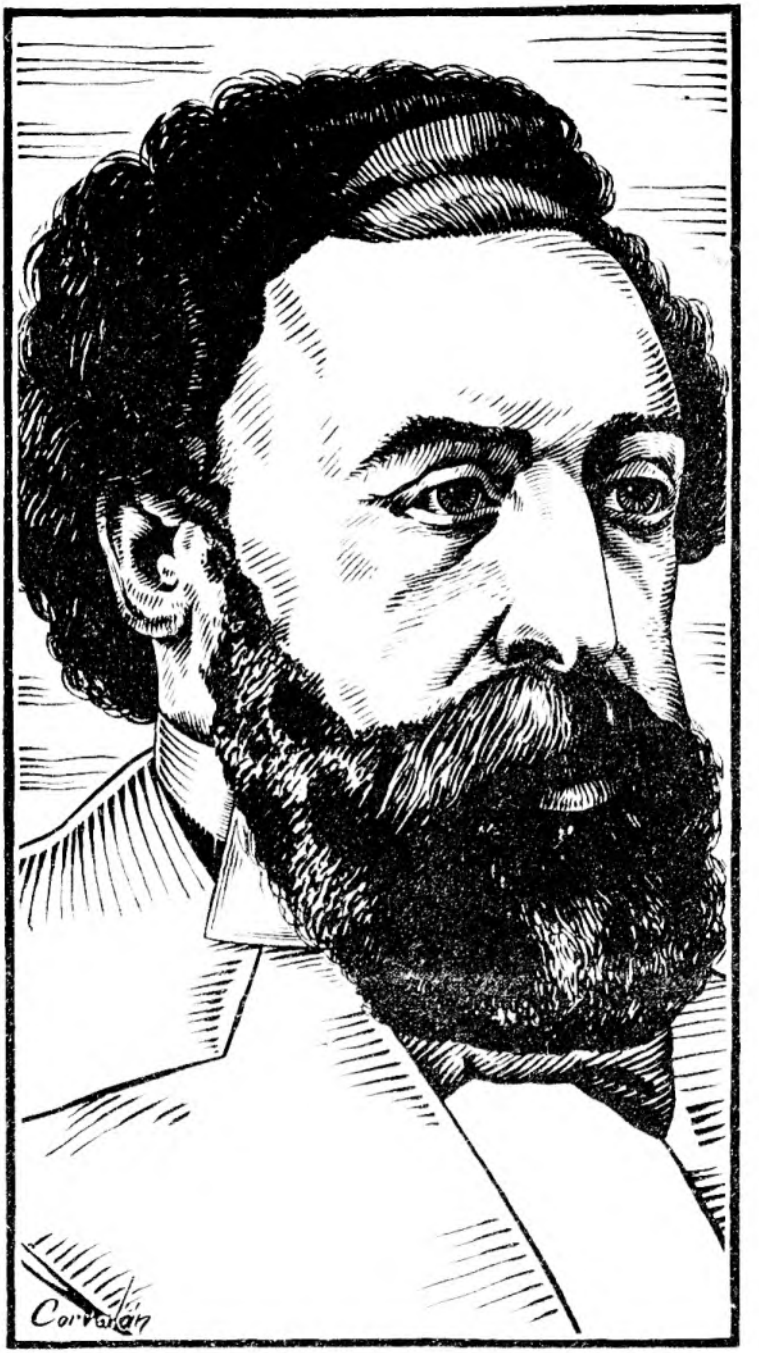
Fausto



ESTANISLAO
DEL CAMPO

Biblioteca Mundial Sopena


Corrigan

F A U S T O

ESTANISLAO DEL CAMPO, celebrado poeta argentino, nació en Buenos Aires en 1834. Desde muy niño mostró inclinación por las bellas letras, siendo uno de sus primeros trabajos una oda que dedicó al general Urquiza, y por la que obtuvo una beca en el Colegio del Uruguay, que por contingencias políticas no pudo disfrutar. Su producción sin ser copiosa, es unitorme, sobresaliendo, con caracteres extraordinarios, su poema cumbre el "Fausto", que se inspira en la inmortal obra de Goethe, y que ha adquirido notoria popularidad en toda la América española. Estanislao del Campo murió en 1880, a los 46 años de edad.

BIBLIOTECA MUNDIAL SOPENA
EDITADA EN LA ARGENTINA

ESTANISLAO DEL CAMPO

FAUSTO

SEGUIDO DE

POESIAS COMPLETAS

SEGUNDA EDICION

TEXTO INTEGRO, DE ACUERDO
CON EL ORIGINAL

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116 • BUENOS AIRES

Derechos reservados
Copyright 1941 by Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11723

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINE
IMPRIMÉ ET PUBLIÉ EN ARGENTINE
PUBBLICATO E STAMPATO IN ARGENTINA
EDITADO E IMPRESSO NA ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN

PRIMERA EDICION
ABRIL DE 1939

SEGUNDA EDICION
AGOSTO DE 1941

EDITADO E IMPRESO EN LA ARGENTINA

INDICE

Pág.

Estanislao del Campo 5
Dedicatoria: A la Patria 7

ACENTOS DE MI GUITARRA
FAUSTO

Fausto 9
A don Aniceto el Gallo 42
Anastasio el Pollo a Aniceto el Gallo 44
El destino de una flor 51
Gobierno gaucho 52

POESIAS COMPLETAS
COMPOSICIONES VARIAS

Jesús 55
América 61
La hermana del pescador 70
Luz y sombra 78
Lágrimas y cantares 82
Tú y yo 86
A María 88
A unas lágrimas 89
A Carlos Mayer 92
¡Te adoro! 94
Serenata 95
Flores del tiempo y flores del alma 97
Páginas de mi cartera 98
Barcarola 99
Plegaria 101
¡Adiós! 102
Ayer, hoy y después 103
Cantares 103
¡Asílalo! 105
Ultima lágrima 105
Llorando la muerte de una mártir 106
A tu partida 107

Pág.

Mis votos 108
A la niña Laurentina Wilson 109
A Belén Castellanos de Martínez de Hoz 110

COMPOSICIONES FESTIVAS

Monólogo de un tronera 112
Mi oración a todas horas 115
El y Ella 116
Sonetos 121
El sereno 123
Por la plata baila el mono 125
¡A otro can con ese hueso! 127
¡Que se lo cuente a su madre! 129
Epigrama 130
Batalla de Pavón 130
Mi nariz 136
El álbum 139
Proyecto de decreto 142
Al Intendente Portero de las Honorables Cámaras Legislativas 144
Carta de Ventosa Sarjada 146
Honorarios por duelos 153

ESTANISLAO DEL CAMPO

A diferencia de otros literatos nacidos en el primer tercio del siglo XIX, la vida de Estanislao del Campo no ofrece las trágicas incidencias que caracterizan el vivir de la mayoría de los escritores argentinos de aquella época. Bien es verdad que, habiendo nacido Del Campo en 1834, apenas fué más que un niño durante casi todo el gobierno de Juan Manuel de Rosas y no pudo, por tanto, participar en la abierta oposición que contra él promovieron nuestros hombres de letras.

La vida de Estanislao del Campo fué realmente una vida tranquila de burócrata hasta su muerte en 1880, ya que su fugaz intervención en el cantón "Patria o Muerte", cuando el coronel Lagos sitió la ciudad de Buenos Aires, y su participación en la revuelta del 74 en apoyo de los gubernamentales, fueron fases de su existencia que sólo alteraron un instante el ritmo sosegado de su vida.

La profesion de critico, si se ha de ejercer con espíritu sereno, ecuánime, nunca es grata. Hay que huir en ella tanto del ditirambo inadecuado como de la censura acre y desmedida. Y aunque nuestra convicción adquirida en el correr de los años, de que no existe una sola obra del hombre, aun entre las catalogadas como geniales, que analizada con rigido criterio no revele algún defecto, y nos incline más bien al elogio que a la censura, no por eso hemos de guardar silencio ante los defectos que observemos, pues comprometeriamos nuestra seriedad, sin favorecer al autor objeto de la crítica, ni a su obra.

Estanislao del Campo es, sin género de duda, un poeta que ha dejado en nuestra historia literaria una estela luminosa que no se extinguirá nunca. Sus descripciones están llenas de colorido, de bellos aciertos y de chispeante ingenio, cuando no de honda y sentida emoción. Es cierto que su léxico no es rico, y ninguna novedad hay en este aserto, pues ha sido ya sostenido antes por el maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, y por cuantos críticos en nuestro país han estudiado la obra del poeta. Pero esta misma deficiencia, causa, a veces, de deplorables ripios y de no pocas licencias poéticas que maculan algunas de sus poesías, realza, en cambio, el mérito de sus composiciones, ya que sorprende ver cómo con tan pobres materiales logra, en frecuentes ocasiones, efectos tan bellos.

Es bien de lamentar que las revueltas políticas que tanto

perjudicaron a nuestra patria durante el siglo pasado, impidieran a Del Campo aprovechar la beca que el general Urquiza, como premio a una oda que el joven vate le dedicara, le ofreció en el Colegio del Uruguay para ampliar sus endebles conocimientos literarios e idiomáticos, pues de ese modo la futura labor del poeta habría alcanzado, de seguro, perfecciones insospechadas. Y no es esto presunción caprichosa. Todo se podría esperar de quien es capaz, por citar un solo ejemplo, de producir poesía tan bella como LUZ Y SOMBRA, *digna de figurar en cualquier antología. Por esto mismo no deja de causar sorpresa que Estanislao del Campo haya dado acogida en la selección de sus poesías, pues figuran ya en las ediciones de 1870 y 1875 revisadas por el autor, a cuatro sonetos que compuso con motivo de una apuesta entre amigos, pues aun tratándose de poesías festivas, el buen humor, el genio chispeante de que tantas pruebas nos da en otras composiciones, no debe jamás estar reñido con el buen gusto, como acontece en el soneto titulado* EL TÁLAMO.

Pero estos pequeños lunares, que nuestra rectitud de juicio nos obliga a reconocer, no empañan afortunadamente el mérito del poeta que se manifiesta en forma notoria en el poema FAUSTO, *su indiscutida obra cumbre.*

Un análisis de ese poema nos llevaría lejos y no tienen estas breves notas las pretensiones de una crítica a fondo, sino tan sólo las ha inspirado el deseo de servir de orientación al lector.

Con incuestionable arte sabe el autor en ese poema pintar en cuatro trazos los personajes, reflejar el ambiente y ofrecernos lleno de colorido el chispeante lenguaje de nuestro hombre de campo, pletórico de vida y de ingeniosas ocurrencias. Del Campo ha querido mostrarnos, y es menester confesar que lo ha conseguido plenamente, cómo bajo la ruda corteza del habitante de nuestras llanuras, guarda el gaucho un insospechado tesoro de exquisita sensibilidad; y este ser que no conoce el miedo, que es valiente hasta la temeridad, que sin pestañear, a diario, se juega la vida por ínfimas cuestiones de amor propio, se conmueve y estremece ante el dolor de una mujer. ¡Magnífico acierto en este agudo estudio psicológico del señor de las pampas!

Con frase exacta dice Enrique de Vedia que "Del Campo "fué un intérprete del espíritu nativo y pudo así crear, sobre "el poema de Goethe, su espléndido poema FAUSTO, *que no es "en nuestra opinión, una crónica hecha por un gaucho, sino la "aplicación del mismo proceso psicológico, preexistente en el "alma popular". Y es precisamente esa circunstancia lo que determina el placer con que siempre es leído y lo seguirá siendo mientras aliente un argentino amante de ese bello pasado que cada día parece más lejano.*

RAMÓN VILLASUSO

DEDICATORIA

A LA PATRIA

¡República Argentina, Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
De gayas flores las naciones ven:
La cariñosa mano de tus bardos
Puso rosas, jazmines, violas, nardos,
Entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores,
De olímpicos perfumes y colores,
Las silvestres y humildes que aquí ves:
Vengo, Patria gloriosa, solamente,
A doblar la rodilla, reverente,
Y a deshojar las mías a tus pies.

Paisano *Aniceto el Gallo*,
Puede sin cuidao vivir,
Que primero han de decir
Que la viscacha es caballo,
Y que la gramilla es tallo,
Y que el ombú es verdolaga,
Y que es sauce la biznaga,
Y que son montes los yuyos,
Que asigurar que son suyos
Los tristes versos que yo haga.

Adiós gaucho payador
Del ejército unitario;
Adiós paisano ño Hilario,
Adiós projundo cantor,
Adiós pingo cociador,
Que a tiranos has pateao,
Y que hasta a mí me has largao
De pronto un par de patadas
A causa de unas versadas,
Que en mi inorancia he soltao.

ANASTASIO EL POLLO
A ANICETO EL GALLO (1)

La carta de despedida
Que me ha soltao, amigaso,
Ha caido como un guascaso
Sobre esta alma entristecida;
Pues aunque no es de esta vida
Que usté se va, yo me aflijo,
Porque don *Gallo*, colijo
Que años y años andará
Por esas tierras de allá
Pasando penas de fijo.

Me dice que puede ser
Que por ser mozo unitario,
Me echen de *sipotenciario*
Y nos volvamos a ver:
Eso no ha de suceder,
Y en usté mesmo me fundo;
Tal vez cruce el mar projundo

(1) Esta carta fué escrita en contestación a la que insertamos en seguida y en los días en que tenía su principio la guerra de Méjico.

Señor don Anastasio el Pollo.

Adiós, hijo; y pues te quedas
En esta tierra de Dios,
Ande hemos andao los dos
Rodando como las ruedas,
Manejate como puedas
A ver si a algún campanario,
Por tan salvaje unitario
Que has sido toda tu vida,
Te suben o si en seguida
Te echan de sipotenciario.

Creo que te darás maña
Para lograr ese cargo.
Y luego, aunque el viaje es largo,
Largate con él a España,
Llevá unos chifles de caña
Güen tabaco y yerba juerte
Y algunos riales, de suerte
Que podamos voraciar,
A fin de podernos dar
Un güen alegrón al verte.

Aniceto el Gallo.

El día menos pensao,
¡Con el corazón *cribao*
De *mordeduras* del mundo!

¿Conque *mañea*? ¡Amalaya
El viaje se lo empacase
El cielo, y no nos alzase
Un *payador* de su laya!
Yo siento de que se vaya
¿Y cómo no, cuando vivo,
Desde que nací cautivo
De sus versadas, velay,
Porque en esta tierra no hay
Cantor *tan facultativo*?

En fin: si usté allá se topa,
Con don Juan Manuel de Rosas,
Digamelé, entre otras cosas,
Que se aguante por Uropá:
Que Urquiza *ha juntao su ropa*
Y está medio atribulao,
Liando *a la juria* el recao
En que disparó en Pavón,
Porque se va a *Sutantón*
A verlo sacar pescao.

Y que si alguna ocasión,
Gracias a un güen aparejo,
Comen algún bagre viejo
O zurubí barrigón,
No traigan a colación
Las custiones argentinas,
Ni hablen de Mitres ni Alsinas,
Porque pueden *alterarse*,
Y es cosa fiera atorarse
Cuando se tragan espinas.

Dígales a esas naciones,
Que, asigún se anda corriendo
Hoy día, están pretendiendo
Maniarnos de los garrones,
Que más que tengan cañones
Con más rayas que el cotín,
No ha de cuajar el maquín
Que hoy día train entre manos,
Y que ya los mejicanos
Se han *basuriao* a un tal *Prin*.

Dicen que la gallegada
Que acampó por *Verga Cruz,*
Ni bien bañó con su luz
El campo, la madrugada,
Sin aguardar la *gringada,*
Campo adentro se metió,
Y que ni bien la sintió
La milicada de Juárez,
Le cayó con los dos pares
Y ahi mesmo la redotó.

Que vengan, don Aniceto,
Con armas de todas layas
Aunque les hagan más rayas
Que letras tiene un boleto;
Que tamién a ese respeto
La güelta les buscaremos,
Pues aquí les rayaremos
El lomo a nuestros cañones,
Y hasta a los escobillones
Cien mil rayas les haremos.

Por mi parte he comenzao
A rayar *el corvo* ayer,
Y que rayas le he de hacer
Hasta en la vaina he jurao:
Lo he de dejar más rayao
Que una paré de *crujida,*
A ver si queda con vida
El primer gallego o *gringo*
A quien le enderece el pingo
Y le haga una arremetida.

Si acaso por un evento
Viese a la raina Vitoria,
Convénzala que no es gloria
Vivir en un campamento.
Que reflesione un momento
Que ella es mujer, y no es justo
Que se esponga a tanto susto
Y a tanta incomodidá
Buscando *una enfermedá*
Tan sólo de puro gusto.

Que aunque nunca la he tratao,
Por no haberla conocido,
Causa que siempre ha vivido
En pago tan retirao,

Vide el retrato pintao
(Y es hembra muy cosa papa)
En el medio de la tapa
De una caja muy lucida
Que, por supuesto, vacida,
Me dió un *tiendero*, de yapa.

Al *paine* don Napoleón
Digamelé que se apriete
Hasta la pera el bonete
Con respeuto a la custión:
Que ya que ha hecho el arrejón
Solita la gallegada,
Que no la ayude con nada
Y aunque le frunza el hocico,
No le mande ni un milico
Y la deje en la estacada.

Y usté no extrañe, amigaso,
Al ver que *Anastasio el Pollo*,
Suelta hasta al último rollo
Largando enterito el lazo,
Que aunque soy medio güenaso
Tamién *retobao* estoy,
Y es justo que así me halle hoy,
Pues la custión mejicana,
Es custión americana,
Y americano yo soy.

A otra cosa: cuando llegue,
Sea de noche o de día,
Por allá a una pulpería,
No se me mame, ni juegue;
Ni a hombre ninguno le pegue,
Ni con *el lomo* siquiera,
Pues aunque usté se metiera
Bajo siete estaos de tierra,
En Francia o Inglaterra
Lo han de sacar de ande quiera.

Si intentaran el burlarse
Porque va de *chiripá*,
Creamé que *boliao* va
Si trata de retobarse.
Vea de no calentarse
Pues no es güeno que se esceda;
Pague en la mesma moneda

Y si ellos se rain de usté,
De ellos tamién riasé
Y amuélelos como pueda.

Lo mesmo que arroyos son
En cuanto a murmuradores
Y se llenan de primores
Al santísimo botón:
Algunos train de un cordón
Dos vidriecitos colgaos
Por parecer delicaos
De la vista, cuando, amigo,
Ven a cien leguas un higo
Sus ojos despabilaos.

Ellos creen que es un primor
Embarrunarse el bigote
Con un unto de cerote
Para torcerlo mejor;
Y su delirio mayor
Es tener alborotao,
Ese pelo colorao
Que ahuyenta a cualquier muchacha,
Y que parece esa hilacha,
Del choclo recién cortao.

Y atienda, que esto es formal:
Güeno es que vaya avisao
De que allá han edificao
Un caserón de cristal;
Si va, deje el animal
Medio retirao, no sea
Que si por algo cocea
Vaya algún vidrio a quebrar,
Y a usté se lo hagan pagar
Mucho más de lo que sea.

En fin; aunque usté se va
A tan retirada tierra,
Mi alma la esperanza encierra
De verlo otra vez acá;
Que yo colijo que allá
No es fácil que pueda hallarse,
Pues no podrá aquerenciarse
Ande no hablan la castilla
Ni saben lo que es *bombilla*:
¡Yo creo que eso es matarse!

Y asigún lo que yo sé,
La gente allá es muy tupida:
Dígame ¿cuándo, en la vida
Ha visto domar usté,
Como dicen que se ve
Domar allá un animal,
Poniéndole entre el morral
Un misto de *cloroflor*,
Que sólo con el olor
Queda *almareao* el bagual?

¿Y ande se han visto carreras
Como corren por allá?
Al menos, amigo, acá
No somos mulas tauneras;
Ellos dan güeltas enteras,
En vez de ir derecho viejo,
En un circo como un tejo
De redondo; ¡mire, amigo,
Por dir a reirme, le digo
Que daría el azulejo!

Lo lindo es que el corredor
Va con una vestimenta,
Que más colores ostenta
Que el pecho de un *picaflor*:
Y en *apero de dotor*,
Por supuesto, es la corrida,
Así, ni bien se descuida,
Ya tamién se refaló,
Y un trecho de suelo aró
Con la cabeza rompida.

En fin: yo creo que usté
Cuando se venga de allá,
Vendrá conforme se va
No como uno que yo sé,
Que solamente porque
Salió de tierra argentina,
Trujo la costumbre indina
De quererse hacer *bozal*
Y preguntó qué animal
Era, al ver una gallina (1).

(1) Histórico.

Porque yo no puedo creer
Que usté, amigaso, que es *Gallo,*
Y *encelao,* al fin y al fallo
Las quiera desconocer:
Ni yo puedo suponer
Que a un *Pollo* que lo aprecea,
Le haga partida tan fea
Sólo porque usté haiga andao
Mirando, medio abombao,
La fantasía uropea.

Abra el ojo por la mar
Y es güeno que le aconseje
Que a su hijita no la deje,
Ni por asomos, cantar;
Pues si le llega a escuchar
Una envidiosa sirena,
Afirmándose en la arena
Le puede el barco cociar
Y yo no quiero llorar,
De esa pérdida la pena.

Hasta al Espíritu Santo
Le rogaré por ustedes,
Y a la Virgen de Mercedes
Que los cubra con su manto,
Y Dios permita que en tanto
Vayan por la agua embarcaos
No haiga en el cielo ñublaos,
Ni corcovos en las olas,
Ni al barco azoten las colas
De los morrudos pescados.

Aquí este triste cantor
Sus versos fieros remata,
Y en el cañuto los ata
De su barco de vapor.
No extrañe que ni una flor
Vaya en mi pobre *concierto*:
No da rosas el disierto,
Ni da claveles el cardo,
Ni dió nunca un triste nardo
Campo de yuyos cubierto.

EL DESTINO DE UNA FLOR

Al compás de este instrumento,
De sonidos lastimeros,
Van a escuchar, caballeros,
De un gaucho triste el lamento;
Que un projundo sentimiento
En mi pecho hizo su nido,
Y siempre suelta un quejido,
Y algunas gotas de llanto
Cuando quiere alzar su canto
Mi corazón dolorido.

Vide una vez una flor,
¡Más bien nunca la mirara
Que hoy dia no me quejara
Traspasado de dolor!
Era un *saumerio* su olor
Que con delicia gocé:
Mariposa que a ella jué
Nunca ofendió su cogollo,
Y hasta yo, *Anastasio el Pollo,*
Con veneración la amé.

Del jardinero, el rigor,
Llegó hasta privarme, al fin,
El que dentrase al jardín
A mirar la linda flor:
A pesar de eso, mi amor
Cada vez iba en aumento,
Y aquel tierno sentimiento
Vino a ser después la llama
Que hasta hoy el pecho me inflama
Siendo mi negro tormento.

Como me hostigaran tanto,
Y me cerraran la puerta,
Por la reja de la güerta
Veia a la flor de mi encanto;
Dispensen si suelto el llanto
Al acabar mi canción;
Pues que en mi contemplación
Vide un día doloroso,
Que un gusano venenoso
La mordió en el corazón.

GOBIERNO GAUCHO

A la salú del aparcero
Hilarión Medrano

Tomé en casa el otro día
Tan soberano *peludo,*
Que hasta hoy, caballeros, dudo
Si ando *mamao* todavía.
Carculen cómo seria
La mamada que agarré,
Que, sin más, me afiguré
Que yo era el mesmo Gobierno,
Y más leyes que un infierno
Con la tranca decreté.

Gomitao y trompezando,
Del fogón pasé a la sala,
Con un garrote de tala
Que era mi bastón de mando;
Y medio tartamudiando,
A causa del aguardiente,
Y con el pelo en la frente,
Los ojos medios vidriosos,
Y con los labios babosos,
Hablé del tenor siguiente:

"Paisanos: dende esta fecha
"El contingente concluyo;
"Cuide cada uno lo suyo
"Que es la cosa más derecha.
"No abandone su cosecha

"El gaucho que haiga sembrao:
"Deje que el que es hacendao
"Cuide las vacas que tiene,
"Que él es a quien le conviene
"Asigurar su ganao."

"Vaya largando terreno,
"Sin mosquiar, el ricachón
"Capaz de puro *mamón*
"De mamar hasta con freno;
"Pues no me parece güeno,
"Sino que por el contrario,
"Es injusto y albitrario
"Que tenga media campaña,
"Sólo porque tuvo maña
"Para hacerse *arrendatario.*"

"Si el pasto nace en el suelo
"Es porque Dios lo ordenó,
"Que para eso agua les dió
"A los ñublados del cielo,
"Dejen pues que al *caramelo*
"Le hinquemos todos el diente,
"Y no andemos, tristemente,
"Sin tener en dónde armar
"Un rancho, para sestiar
"Cuando pica el sol ardiente."

"Mando que dende este istante
"Lo casen a uno de balde;
"Que envaine el *corvo* el alcalde
"Y su *lista* el comendante;
"Que no sea atropellante
"El juez de paz del partido;
"Que a aquel que lo hallen *bebido,*
"Porque así le dió la gana,
"No le meneen *catana*
"Que al fin está *divertido.*"

"Mando, hoy que soy *sueselencia,*
"Que el que quiera ser pulpero,
"Se ha de confesar primero
"Para que tenga concencia,
"Porque es cierto, a la evidencia,
"Que hoy naides tiene confianza
"Ni en medida ni en balanza,

"Pues todo venden mermao,
"Y cuando no es vino aguao,
"Es yerba con mescolanza."

"Naides tiene que pedir
"*Pase*, para otro partido;
"Pues libre el hombre ha nacido
"Y ande quiera puede dir.
"Y si es razón permitir
"Que el pueblero vaya y venga,
"Justo es que el gaucho no tenga
"Que dar cuenta a dónde va,
"Sino que con libertá
"Vaya a donde le convenga."

¿A ver si hay una persona
De las que me han escuchao
Que diga que he gobernao
Sin acierto con la *mona?*
Saquemén una carona,
De mi mesmísimo cuero,
Si no haría un verdadero
Gobierno, *Anastasio el Pollo*,
Que hasta *mamao* es un criollo
Más servicial que un yesquero.

Si no me hubiese empinao
Como me suelo empinar
La limeta, hasta acabar,
Lindo la habría acertao;
Pues lo que hubiera quedao
Lo mando, como un favor,
Al mesmo gobernador
Que nos manda en lo presente,
A ver si con mi aguardiente
Nos gobernaba mejor.

POESIAS COMPLETAS

COMPOSICIONES VARIAS

JESUS

"Para curar los males que afligen a los hombres, predicábales a todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumación de la justicia."

LAMENNAIS.

I

¡Hijo del alma, Dios de tierra y cielo!
Al hablarte, no doblo la rodilla
Sobre el blando tapiz que cubre el suelo
De los templos suntuosos, en que brilla,
Más que la antorcha de la fe cristiana,
El indigno oropel, la pompa vana.

A tu férvido culto no buscaste
Altares de oro y jaspe: la doctrina
De amor y de perdón que propagaste,
Llenando el orbe con tu voz divina,
Encontró una tribuna donde quiera
Que a tu paso hubo un hombre que la oyera.

Desde los verdes valles de Belén
Hasta la falda en que el Jordán serpea,
Desde Getsemaní a Jerusalén,
Y en toda la extensión de Galilea,
En el llano, en el monte, en la quebrada,
Tu rodilla, Señor, está estampada.

Hoy yo quiero doblarla, Jesús mío,
Alzando a Ti la miserable frente,
Sobre la roca que horadó el judío
Para clavar en su furor demente
El leño desde el cual, Tú, moribundo,
Una herencia de amor dejaste al mundo.

II

El pueblo de Israel ya no camina
Al resplandor de la brillante lumbre
Con que doró la voluntad divina
Del elevado Sinaí la cumbre:
El hombre, del amor rompió los lazos,
Y el Decálogo santo hizo pedazos.

La humanidad gentílica, cargada
Del rudo peso de sus dioses falsos,
Camina entre tinieblas extraviada:
Sus sangrientos altares son cadalsos,
Y el fatuo brillo de la luz pagana
Deslumbra y turba la conciencia humana.

¿Quién a tus pobres, tristes criaturas
La venda arrancará, Dios de los cielos?
¿Descenderá por fin de tus alturas,
De las nubes envuelto entre los velos,
El que anunciaron tantas profecías?
¿Les enviarás, Señor, a tu Mesías?

Sí; le enviaste gran Dios, mas no velado
Por los albos encajes de las nubes,
Ni en trono de oro y de zafir sentado,
Ni entre alados y cándidos querubes,
Tú le hiciste nacer, Dios Soberano,
Bajo el techo de un mísero artesano.

¡Misterio augusto! ¡Manantial sagrado
De religión sublime! ¡Qué doctrina
De perdurable amor nos ha enseñado
Con ese *fiat*, la bondad divina!...
¡Bendito, Eterno Dios, sea tu nombre!
¡El hombre vino a redimir al hombre!

III

¿Quién, divino Jesús, seguir podría
De tu sandalia humilde la pisada,
En la extensión de la nación judía
Que recorrió tu planta consagrada
En el viaje que hiciste, legendario,
Del verde Nazareth hasta el Calvario?

Nadie, nadie, Señor, porque el gusano
Del vil suelo la frente no levanta:
Yo que canto tu nombre soberano,
El polvo beso en que tu huella santa,
Y anegados en lágrimas los ojos,
Los siglos besarán, puestos de hinojos.

¡Divino Salvador! A tu doctrina
Por toda fuente, el corazón le diste;
Y allí donde tu paso se encamina,
Flameando va el pendón en que escribiste:
—*¡Amor al Padre, Eterno Soberano,*
Fraternidad del corazón humano!

Y cunde la verdad que pura brilla
En tu inspirado labio, Jesús mío,
Y desde Nazareth, vuela a la orilla
Del caudaloso, murmurante río,
En que Juan el Bautista se prosterna
Ante la luz de tu palabra eterna.

¡Atrás, atrás, profanos esplendores,
Que tu cátedra santa está doquiera!
Las barcas de los pobres pescadores,
El desierto, los montes, la ribera,
Son otros tantos púlpitos sagrados
En que dictas tus dogmas inspirados.

De tu palabra, en el raudal, se ahoga
Del escriba el sofisma meditado,
Y el muro de la oscura sinagoga
Vacila en su cimiento, socavado
Al empuje del férvido torrente
Que se desata de tu labio ardiente.

La natura se impregna de tu esencia,
Tu voz es ya la voz omnipotente
Que sujeta lo criado a tu obediencia:
Acalla su murmullo el mar hirviente,
Y las líquidas ondas, serenadas,
Soportan en su espuma tus pisadas (1).

Quieres la fe del corazón, y pagas
La fe que el corazón te brinda pura;
Del leproso infeliz sanas las llagas,
Y golpeando a una triste sepultura,
—¡LAZARO, ARRIBA!— exclamas, y a tu santa
Evocación, el muerto se levanta.

Se escucha allá en las horas misteriosas
Entre el murmurio del Jordán tu acento;
De Jericó las perfumadas rosas
Exhalan los efluvios de tu aliento,
Y en tu cabello el céfiro tocando
Impregna el ala de perfume blando.

IV

¿Por qué Jerusalén los ojos cierra
A la vívida luz del dogma hermoso
Alzando impía su pendón de guerra
Contra el sublime apóstol fervoroso
Que del único Dios viene en el nombre
A quebrantar la esclavitud del hombre?

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! En vano
Cierras tu puerta a la doctrina santa;
El hombre debe ser del hombre hermano:
Ya su bandera la igualdad levanta,
Y en el real de tu torpe aristocracia
Clavará su pendón la democracia.

En vano afilas el tajante acero
Y la mirada fijas iracunda
En la mirada blanda del Cordero:
Su sangre correrá, pero fecunda
Será a la redención del oprimido
Que llora en dura esclavitud sumido.

(1) San Mateo, cap. XIV, vers. 25; y San Marcos, cap. VII, vers. 48.

V

Desciende, del pretorio por las gradas,
El humilde Profeta galileo:
Las incrédulas masas enojadas
Segundan al escriba y fariseo,
Que señalan del Gólgota el camino,
Al Hombre Dios, al Redentor Divino.

Como al beso falaz que la traiciona
Ofreció la mejilla, manso inclina
La frente en que le enclavan la corona
Que la maldad tejió, de dura espina,
Y el hombro pone al áspero madero
En que su sangre verterá el Cordero.

¡Oh, si pudiera en mi dolor sombrío
Besar, Señor, el suelo pedregoso
En que iracundo te arrojó el judío,
Y donde se estampara el pie glorioso
Que bajo el peso de la cruz llevaste
Hasta el triste peñasco en que expiraste!

¡Sigue, Señor! La humanidad no tarda
En beber con tu sangre tu doctrina:
Ya tras las nubes en los cielos arde
La blanca luz de la verdad divina,
Que agitarás bien pronto, refulgente,
Hiriendo del incrédulo la frente.

. . . . . .

Llega la muchedumbre al pie del monte
Teatro de la tragedia dolorosa:
Enluta la tiniebla el horizonte,
Y de Jesús la túnica gloriosa,
Que arrancan los impíos en jirones,
Se disputan los bárbaros sayones.

Mustios están los campos, pues su brillo
El sol quiso ocultar horrorizado:
Y el golpe del sacrílego martillo
Que levanta el judío despiadado,
Cuando clava a su Dios en el madero,
Repercute en los montes, lastimero.

¡La cruz ya está de pie!... La sangre corre
De tu frente angustiada, Jesús mío;
Tú mismo quieres que esa sangre borre
El horrible atentado del impío,
Y a Dios dices, con ojos suplicantes:
—¡PERDONADLOS, SEÑOR, SON IGNORANTES!—

Así concluyes tu misión divina:
El patíbulo vil a que te alzaron,
Fué cátedra también de tu doctrina;
Desde él tus labios puros proclamaron:
—¡AMOR AL PADRE, ETERNO, SOBERANO,
FRATERNIDAD DEL CORAZON HUMANO!—

Desgárranse las nubes de improviso,
Retiembla el suelo con fragor tremendo,
Y tu espíritu vuela al Paraíso,
Las alas vaporosas sacudiendo,
A confundirse, puro y peregrino,
De Dios con el espíritu divino.

VI

La humanidad, Señor, triste y llorosa
Recogió el testamento sacrosanto,
Sellado con tu sangre generosa
Sobre la cumbre del Calvario santo,
Y el dogma hermoso de tu amor fecundo
Recorrió la extensión del ancho mundo.

¡Fraternidad! ¡Fraternidad! resuena
Sobre el haz de la tierra redimida,
Que, cual otra María Magdalena,
Confiesa su delito arrepentida,
Y proclama la fe del cristianismo
Desde la cumbre del Calvario mismo.

¡Revolución trascendental, sublime,
Que del mundo el cimiento ha conmovido
En favor del mortal que ya no gime
En las tinieblas del error sumido,
Y que en su propio corazón adora
La doctrina del Cristo, salvadora!

¡Jesús Divino, Redentor del hombre,
Piedra angular del templo perdurable
Que del Eterno Dios alzaste en nombre!
¡Vil gusano, me arrastro miserable,
Hasta besar el polvo que tu planta
Del Gólgota oprimió en la cima santa!

AMERICA

A mi querido amigo el poeta
Carlos Guido Spano

América es la virgen que sobre el mundo canta
Profetizando al mundo su hermosa libertad.
JOSE MARMOL

I

En éxtasis de amor, santo y profundo,
Al Creador en sus obras adoraban
Los pueblos todos del antiguo mundo.
Astros, mares y bosques admiraban,
Deslumbrada su altiva inteligencia
Al resplandor de la divina ciencia.

Desde su trono altísimo, esplendente,
Tendióles Dios la paternal mirada
Y murmuró con labio sonriente:
—La espléndida creación que hasta hoy velada
A sus ojos guardé, surja radiante
De entre las ondas de la mar sonante—.

Del Dios Eterno la palabra vino
Rodando sobre un rayo refulgente
Del fanal de los cielos, peregrino;
De escogido mortal brilló en la mente,
Y de Colón el genio soberano
El velo rasga del sublime arcano.

¡De rodillas, mortales, de rodillas!
¡La espléndida visión alzó su frente,
Coronada de ignotas maravillas,
Surgiendo de los mares de occidente!
¡Bajad, bajad los deslumbrantes ojos,
Saludando a la AMERICA de hinojos!

Del alto Chimborazo en la nevada,
Luciente cima, su cabeza posa
De crespas, lindas plumas adornada,
Con que juega la brisa caprichosa,
Como juega también con los encajes
De los albos y cándidos celajes.

Un himno le alzan, con amante arrobo,
Agitando sus olas estruendosas,
Los mares más espléndidos del globo;
Y en sus bosques y vegas deliciosas,
Las margaritas nacen y jazmines
Que el aliento le dan de los jardines.

Un cielo azul, magnífico, esplendente,
Es el rico dosel que ilimitado
Extendió el mismo Dios sobre su frente,
Sostenido del Andes elevado
Por las altas columnas, atrevidas,
Sobre base granítica erigidas.

De sus montes gallardos se desata,
En torrente de perlas y de plumas,
La lujosa, sonante catarata,
Que al sol brinda sus cándidas espumas,
Para que el astro rey de los espacios,
Las esmalte de rosas y topacios.

Como líquidos rizos, de su frente
Y por sus hombros caen hasta su falda,
Anchos ríos que corren mansamente
Por sabanas inmensas de esmeralda,
Llevando en su raudal claro y sonoro
Piedras preciosas entre arenas de oro.

En sus ricas entrañas guarda, ardiente,
La llama de recónditos volcanes
Que estallan a su acento prepotente,
Y encadena a sus pies los huracanes
A cuyo rudo, irresistible empuje,
El mar domado con espanto ruge.

El hijo de la América, aunque inculto,
Su dulce independencia saborea:
El Sol es el objeto de su culto,
Que en la fúlgida lámpara febea,
Adora el Inca con amor profundo,
Al Rey del Cielo y al Señor del Mundo.

Si mil tribus indígenas vagando
Van por llanos y selvas, sin asiento,
Poderosos imperios vanse alzando,
Del alma libertad sobre el cimiento,
Mostrando altivos su grandeza suma
En Capac, Atahualpa y Moctezuma.

II

Sorprendida, deslumbrada,
Por tan alta maravilla,
Dobló Europa la rodilla
Ante la excelsa visión;
Y levantando los ojos,
Con profundo amor, ferviente,
Al Señor Omnipotente
De los cielos, alabó.

¡Alaba, Europa, de hinojos,
La evocación soberana!
La virgen americana,
Que se alza, núbil, del mar,
Trae en su cabeza augusta,
Que ciñe nívea diadema,
La solución del problema
Que agita a la humanidad.

La admiración de la España
Abrió paso a la codicia,
Y la sórdida avaricia
Que en su pecho despertó,
Armó los brazos ferrados
Que del Inca los imperios
Tornaron en cementerios
Y en vastos cuadros de horror.

El agua apenas soporta
Los pesados galeones
Que llevan crueles legiones
A la tierra occidental;
Y en tanto América bella
Duerme en sus selvas hojosas,
En blando lecho de rosas
Y arrullada por la mar.

En los brazos de ese sueño
Ve lucir, encantadoras,
Las desconocidas horas
De un hermoso porvenir,
Sin sospechar que el tirano
El mar corta con la quilla,
Fijando el rumbo a la orilla
En que ella duerme feliz.

Al estridor de la férrea
Y rechinante cadena,
Que deja caer en la arena
La ancla del conquistador,
Abre América los ojos,
Y se alza sobresaltada,
Cuando encuentra su mirada
La ancha popa del galeón.

Aunque con huraños ojos
Mira los raros arreos
Que ostentan los europeos
De la flota al descender,
Y a pesar de sus lucientes
Petos de acero, bruñidos,
Y de sus ricos vestidos,
Que son hombres ella ve.

¡Que son hombres! ¡Pobre virgen!
¡Piensas que son tus hermanos
Los millares de tiranos
Que está vomitando el mar;
No sospechas que, crüeles,
De vil servidumbre al carro,
De Cortés y de Pizarro
Las coyundas te atarán!

De crespas, vistosas plumas,
Adornada la cabeza,
De la elevada aspereza
Desciende el hijo del Sol;
Y en vez de tender el arco
Haciendo silbar la flecha,
Tiende los brazos y estrecha
Con cariño al invasor.

¡Oh, si el pobre indio leyera
Tras la coraza de acero,
Arrogante aventurero
Tu fementida intención!
La oriflama de Castilla,
Del Cid la hermosa bandera,
Alfombra del Inca fuera
Con mengua del español.

Y esa cruz que le presentas
Al sencillo americano,
Mientras que con la otra mano
Acaricias el puñal,
Tal vez sirviera algún día
A encontrar en la espesura
La ignorada sepultura
De un Pizarro o de un Hernán.

III

De América la altiva,
De América la bella,
La rutilante estrella
Llorando se escondió;
Sus plácidas lagunas
Susurran lastimeras,
Y elevan sus palmeras
Murmurios de dolor.

América la altiva,
América la hermosa,
Suspira en angustiosa
Cadena de baldón;
Rodar ve por el suelo
Su espléndida grandeza,
E inclina la cabeza
Al yugo abrumador.

Las plumas de su frente
En sangre están teñidas:
Sus lágrimas sentidas
Discurren por su faz,
Y puras, transparentes,
Se esconden en su seno,
Que agita ya el veneno
Que la hacen apurar.

Sus hijos perseguidos
Los bosques van corriendo,
En ellos escondiendo
Del fuego destructor,
Los dioses que adoraron
En templos esplendentes
Los nobles descendientes
Del fulgurante Sol.

Del Inca los palacios
Magníficos, suntuosos,
Los templos primorosos
De fúlgido esplendor,
Humean despojados
Del oro y la riqueza,
Que la real grandeza
Del indio acumuló.

El invasor que muestra
Al indio maniatado
El signo venerado,
La sacrosanta cruz,
Diciéndole que adore
Al Redentor sublime
No ve que el indio gime
En negra esclavitud.

Y el labio que proclama
De Cristo la doctrina,
Que vivida ilumina
Del indio la razón,
Proclama al mismo tiempo
De la inocente tierra,
La destrucción, la guerra
Y el exterminio atroz.

América la altiva,
América la hermosa,
La virgen orgullosa
Que sorprendió Colón,
Ya no es sino la mina
De veta inagotable
Que avaro e insaciable
Explota el invasor.

¡Y corren tres centurias!...
¡Y el lábaro extranjero
Flamea aún altanero
Del sur al setentrión!
¡América! ¿está helada
La sangre de tus venas?
¿Aun sufres las cadenas
Del bárbaro opresor?

IV

Conmuévense en su base las ásperas montañas,
Que el fuego ya revienta que esconde en sus entrañas
La tierra esclavizada del mundo de Colón.
Sus lenguas encrespadas sacuden los volcanes,
Y fieros se desatan los rudos huracanes
Los mares atronando con su tremenda voz.

La espléndida cascada del Niágara espumoso,
Despéñase en torrentes con ímpetu furioso
Rodando por las rocas que arrastra hasta la mar;
Y del Ohio al Plata, que ruge embravecido,
El cielo americano tronando ennegrecido
Sacude la corona del Andes inmortal.

Las fieras de los montes, y selvas escondidas,
Allá en sus ignoradas, recónditas guaridas,
Temblar hacen la tierra al eco de su voz;
Y en los agudos picos del Andes atrevido,
Los cóndores exhalan un áspero graznido
Buscando con los ojos al escondido sol.

La América despierta: los adormidos ojos,
En derredor tendiendo, contempla los despojos
De su pasado augusto, de su esplendente ayer:
Destroza sus cadenas con vigoroso brazo,
Y trepa hasta la cumbre del alto Chimborazo
Mirando a sus tiranos con rígida altivez.

—¡Arriba, bravos hijos del suelo americano!
¡Las bárbaras cadenas que me forjó el tirano,
Por sobre el mar undoso al rostro le arrojé!—
Así América dijo. El sol brilló en el cielo,
Y la extensión inmensa de su florido suelo
Con sus dorados rayos iluminó otra vez.

Y Wáshington la espada desnuda, relumbrante:
El pabellón de estrellas, espléndido, ondeante,
Despliégase invencible del norte en la región;
Y en vano a su leopardo azuza la Inglaterra,
Pues ya domado muerde la americana tierra
Que otrora entre sus garras, esclavas, sujetó.

La inmensidad recorre del vasto continente
El grito de victoria del pueblo independiente
Que troza las cadenas de la orgullosa Albión;
Y del sonante Plata, en la extendida orilla,
Furiosos se incorporan los leones de Castilla
Al eco de ese grito que al mundo conmovió.

La noble Buenos Aires, el pueblo que rindiera
El lábaro orgulloso, la histórica bandera
Que el mundo saludara después en Waterló,
Al rostro de los torpes y déspotas virreyes,
Arroja hecho pedazos el libro de las leyes
Que en días de amargura le enviara el español.

Y el sol reverberante, magnífico, de Mayo,
Al pueblo emancipado envíale en un rayo
De su fecundo disco, de su fulgente luz,
El varonil aliento, la fuerza poderosa
Con que paseó triunfante su enseña victoriosa
Por el inmenso suelo de América del Sud.

La noble Buenos Aires levanta majestuosa
La espléndida cabeza que ciñe ya orgullosa,
El gorro que es de libre dignísima señal:
Y del soberbio Plata las olas encrespadas,
Parece que murmuran, también, entusiasmadas:
"¡Al fin llegó a mis playas la ansiada libertad!"

Sus crines erizadas sacude el león hispano,
Y muerde embravecido la espada que Belgrano
Al grito de la Patria valiente desnudó:
Y lanza hondo rugido que cruza el continente,
Sintiendo hecho pedazos el carnicero diente
En el templado acero del ínclito campeón.

El argentino, entonces, fijándose en los velos
Que flotan vaporosos en los benignos cielos,
Que bendecir parecen las armas que empuñó,
Arbola la bandera de célicos colores,
En cuyo centro brilla, con ígneos resplandores,
Del gran día de Mayo el esplendente sol.

Y San Martín, el héroe de las hazañas grandes,
Trepando hasta la cumbre de los nevados Andes,
Del argentino clava el lábaro inmortal;
Y el Andes, cuyos picos se pierden en la esfera,
Soporta con orgullo la cándida bandera
Con que las brisas juegan del alma: Libertad.

Y San Martín exclama: —¡Arriba, Chile hermano!
¡Arriba, pueblos todos del mundo americano,
Ya la hora suspirada de libertad sonó!—
Y de cadenas rotas al imponente ruido,
El suelo americano se siente estremecido
De un polo al otro polo, del sur al setentrión.

¡Salud! ¡salud Bolívar! titán que te destacas
Sobre el lloroso suelo de la infeliz Caracas,
Cual semidiós armado, gritando *¡Libertad!*
Y trozas con tu sable los duros eslabones
De la áspera cadena que a un grupo de naciones
Sujeta bajo el rayo del sol equinoccial.

Y la orgullosa Chile, Perú, Bolivia y Quito,
Al argentino unidos, de *¡Libertad!* al grito
Domeñan los leones que acariciara el Cid;
Y América, en la cima de su alto Chimborazo,
Confunde en un eterno y maternal abrazo
A Wáshington, Bolívar, Belgrano y San Martín.

América, señora del vasto continente,
Ceñida de laureles la majestuosa frente,
Al mundo antiguo mira, que otrora la oprimió,
Y grande, y generosa, tendiéndole la mano
Le dice: —Aunque hayáis sido su bárbaro tirano,
América os perdona, como perdona Dios—.

Las armas victoriosas de la sagrada guerra,
De mirto entrelazadas, depone ya en la tierra
En bélico, arrogante, luciente pabellón,
Y el código proclama de las augustas leyes,
Que sobre el despotismo de zares y de reyes
Levantan los principios del Cristo Redentor.

La antorcha del derecho con entusiasmo agita
Bañando con su lumbre, espléndida y bendita,
Del viejo continente la marchitada faz;
Y anuncia el dia hermoso en que a la tierra entera
Envolverá en sus pliegues la universal bandera
Por que suspira tanto la triste humanidad.

LA HERMANA DEL PESCADOR

A mi querido primo y amigo
el Dr. Manuel Villegas

De dos quiero decir un caso extraño
(Que sólo referirlo me da pena)
A quienes amor hizo tanto daño
Cuanto suele al que prende en su cadena.
BARCO Y CENTENERA.

I

Desciende el rey de la esfera
A hundirse en el occidente
Y oscurece la pradera,
Nube que asoma severa
Alzándose en el oriente.

Sobre el perfil elevado
De una atrevida colina,
Se dibuja pobre, aislado,
Un casucho, cobijado
Por las ramas de una encina.

Triste el balido se siente
De la extendida majada
Que vuelve, tranquilamente,
Caminando al son doliente
De una pastoril tonada.

Triste, como hondo lamento
De un herido corazón,
Trae en sus pliegues el viento,
De una campana el acento
Que convida a la oración.

Como un fantasma sombrío
Va alzándose la neblina,
Y murmura ronco el río
Que se mueve turbio y frío
Al pie de aquella colina.

Ni una sola estrella ostenta
El encapotado cielo,
Y sordo trueno revienta,
De una nube cenicienta
Tras el densísimo velo.

De secas, silvestres flores,
Mueve el aire la hojarasca,
Y los patos silbadores
Van huyendo los rigores
De la próxima borrasca.

En aquel casucho aislado,
Que mal cobija la encina,
El eslabón ha golpeado
El pedernal y ha brillado
Esa luz que lo ilumina.

Una aldeana y un aldeano,
Pastora ella, él pescador,
Y el uno del otro hermano,
Se estrechan allí la mano
Con dulce, fraterno amor.

Ella es hermosa: brillante,
Su hermosísimo cabello
Negro, flexible, ondeante,
Cae en raudal abundante
Sobre el bien torneado cuello.

Blanca es su frente elevada,
Negros sus rasgados ojos,
Su mejilla sonrosada,
Y una partida granada
Semejan sus labios rojos.

Deja entrever, voluptuosas,
El mal ceñido corpiño,
Túrgidas formas, hermosas,
Cual dos puñados de rosas
Sobre la piel de un armiño.

Su talle esbelto, gracioso,
Es el talle de una palma;
Su porte, gallardo, airoso,
Pero un mirar doloroso
Revela una pena en su alma.

El, es el tipo acabado
Del robusto pescador:
De ese ser infortunado,
De ese esquife abandonado
De la borrasca al rigor.

Su descuidado cabello
Cae dando sombra a su frente,
Sobre el descubierto cuello,
Coloreado por el sello
De fuego, de un sol ardiente.

Si bien la melancolía
Brilla pálida en sus ojos,
Se ve en ellos la osadía
Del que arrostra día a día,
Del fiero mar los enojos.

—No partas: quédate, Eudoro,
O no suelto yo tu mano:
¿Por qué, por un poco de oro,
Arriesgar todo un tesoro
Como el de tu vida, hermano?

¿No miras por el oriente
La tempestad avanzar?
¿No escuchas cómo se siente
El movimiento bullente
De las espumas del mar?

Mira bien: cada vez más
La oscuridad se acrecienta.
No, hermano: tú no te vas;
Esta vez no arrostrarás
Las furias de la tormenta—.

Y Celia repite a Eudoro
Sin querer soltar su mano:
—¿Por qué, por un poco de oro
Arriesgar todo un tesoro
Como el de tu vida, hermano?

—No, Celia: no des cabida
A tan pueriles temores
Y a más, hermana querida,
Tú sabes lo que es la vida
De los pobres pescadores.

No temas, querida hermana,
La tormenta pasará,
Y al asomar la mañana,
Pez plateado en tu ventana
El sol iluminará.

A más, en la isla quedó
Secando la red, mi esposa;
No la dejo sola, no,
¡Oh, muy bien conozco yo
A esa paloma miedosa!

Adiós, hermana, en la orilla
Mi barquichuelo me espera:
Nada temas, pobrecilla;
Yo cortaré con la quilla
Las ondas de esa mar fiera—.

Así dijo el pescador,
Tomó su gorro y cuchillo,
Y de su hermana el dolor
Calmó, dándole de amor
Fraterno beso sencillo.

Un grande mastín se alzó
De un ángulo de la estancia:
La mano a Celia lamió,
Y tras Eudoro salió
Marchando con arrogancia.

Díjole Eudoro: —*Tritón*,
Esta noche, alma de fierro;
Será tremendo el turbión:
¿Qué te dice el corazón?—
Y aulló tristemente el perro.

II

Celia ha cerrado su puerta:
Va a orar, dobla la rodilla,
Pero un relámpago brilla
Por la ventana entreabierta.

Va a cerrarla, mas su oído
Percibe un rumor lejano,
Y pone la blanca mano
Sobre el pecho estremecido.

—¡El es, Dios mío, Rolando!
¿Cómo viene con tal noche
En que las flores, su broche
Cierran de pavor temblando?

El es... conozco el pisar
De su arrogante caballo,
Que bajo el herrado callo
Hace la tierra temblar—.

De otro relámpago al brillo
La figura distinguióse
De un caballero, que apeóse
De un magnífico tordillo.

Celia corre hacia la puerta,
Que abre a su amado Rolando,
Quien viene agua destilando,
Y quien trae la mano yerta.

El garboso caballero,
Al penetrar en la estancia,
Arroja con arrogancia
Su ancha capa y su sombrero.

—¡Pobre mi amado Rolando!—
Dice Celia—, espera, luego
Tendrás encendido el fuego:
¡Si estás de frío temblando!...

Pálida tu frente está,
Tu cabello agua destila,
Y en tu vivida pupila,
Relumbra la fiebre ya.

—En verdad, traigo agitado
El corazón, vida mía,
Pues quiere mi suerte impía
Alejarme de tu lado.

¡Vengo esta noche un puñal
A clavar en tu alma bella!...
—¡Rolando!...
—¡Todo se estrella
Contra un destino fatal!

—¿Qué dices?
—¡Que hasta el infierno
Contra mí está conspirando!
—¿A qué te obliga, Rolando?
—¡A darte un adiós eterno!...—

Celia, cae como una muerta
Junto a los pies de su silla,
Y otro relámpago brilla
Por la ventana entreabierta.

III

Eudoro entre sombras, apenas camina,
Pues sólo del rayo la luz ilumina
La senda tortuosa que lleva hacia el mar.
Las nubes derraman copioso torrente,
Y, hendiendo el espacio, el trueno se siente
Con hondo bramido, tremendo estallar.

El mar encrespado levanta, espumantes,
Montañas inmensas que caen, retumbantes,
Rugiendo cual ruge furioso el león,
Y Eudoro, a la orilla ya llega cansado
De viaje tan rudo, llevando a su lado
Su fiel compañero, su bravo *Tritón*.

El éter se enciende: gigante meteoro,
El rayo semeja que alumbra de Eudoro
La frente que el agua bañándole va;
Y al fúlgido lampo que irradia en el cielo
Rasgando las sombras que enlutan el suelo,
Se ve que de Eudoro la barca no está.

El tronco en que a tierra su dueño la atara,
Del mar un embate furioso arrancara
Robando a la orilla el leño sutil.
Eudoro, que es vano su intento, comprende,
Al mar da la espalda y animoso emprende
De nuevo el camino con paso febril.

Detiénese el perro: de Eudoro al vestido
Se prende, lanzando fatídico aullido
Que apenas ahoga la voz del turbión:
—¿Qué tienes, mi perro? Camina te digo;
¿Acaso no quieres venir ya conmigo?—
Eudoro le dice al pobre *Tritón*.

Los lánguidos ojos el perro levanta,
De su amo querido va y lame la planta,
Y al campo, de nuevo, se lanzan los dos.
El llano inundado y el áspero cerro,
Al fin atraviesan el amo y el perro
Marchando a la lumbre del rayo de Dios.

IV

En sus brazos, Rolando
A su querida alzó, y al lecho blando
Con tan preciosa carga se encamina.
De Celia, se reanima
El descompuesto, pálido semblante;
Abre los ojos bellos: de su amante,
En la faz alterada,
Detiene con ahinco la mirada,
Y del pecho, oprimido,
Exhala la infeliz hondo gemido.

—¡Horrible pesadilla!... ¡Negro sueño!...
¡Ven, Rolando querido, ven mi dueño!
(Exclama con el pecho palpitante
Y tendiendo los brazos a su amante.)
No quiero más dormir: soñando estaba
Que de mí, para siempre, te alejaba,
Más que el rigor de un hado,
El poder del infierno conjurado.
Acércate, Rolando:
¿No me sientes, mi amor? Estoy temblando.

—Reclínate, reposa, Celia mía,
Y al ánimo turbado
Vuelva la paz: la tierna simpatía,
El vínculo sagrado
Que a tu alma, mi alma liga,
Haciendo de mi vida un paraíso,
De mi estrella enemiga
La furia provocó, y hoy es preciso
Romper tan tiernos lazos
Y alejarme por siempre de tus brazos.

—¿Qué profiere tu labio? ¿Desde cuándo
Tu palabra amorosa y seductora
Es un puñal agudo, mi Rolando?

¿Qué serpiente traidora
Con tu mano introduces en mi seno
Para que clave el diente
En este pobre corazón que siente
Los efectos activos del veneno?

—Oye, Celia querida: la energía
De tu alma, reconcentra un solo instante,
Y de tu pobre amante
Escucha la palabra o la agonía.
Mi padre, hoy, moribundo,
A mi filial cariño ha arrebatado
Lo que antes, iracundo,
No arrancó de mi pecho rebelado.

—¡Dios de mi santa madre!...
—Celia, escucha.
Y tenga un fin tan desgarrante lucha:
Al mirar a mi padre, Celia amada,
Al dintel de la tumba, en mí fijando
La ya fría mirada,
Diciéndome: "Rolando:
Mis ojos a la luz cerrar no quiero,
Sin escuchar primero
Que mi labio me jura,
Al borde de mi abierta sepultura,
Y por la paz de mi alma, que ya vuela,
El daño reparar que hiciste a Estela."
Temí su maldición, y... ¡el labio dijo
Lo que decía el corazón del hijo!
Una hora después...
—¡Rolando, acaba!...
—Mi destino ligaba,
De mi prima infelice con la suerte,
En presencia de Dios y de la muerte.

—¡De tu prima infelice!...
Y el corazón, Rolando, ¿qué te dice,
Y qué dice la voz de tu conciencia,
De esta infeliz mujer en la presencia?
De esta infeliz, que... sábelo, Rolando,
Acércate, y escúchame temblando...
¡Yo soy madre también!...
—¡Tú también madre!
—¿Y de mi hijo ¡gran Dios! dónde está el padre?—

Horrible imprecación, fiero rugido,
Que de un trueno acompaña el estallido,
En tan solemne instante se escuchó;
Abrese la ventana,
Y, como fiera hircana,
Eudoro sobre entrambos se lanzó.
.....

Retiembla el cielo: eléctrica serpiente
De las nubes desgarra el negro velo,
Y su luz refulgente,
De la estancia de Celia sobre el suelo,
Alumbró dos cadáveres tendidos,
Y en funeral abrazo confundidos.

LUZ Y SOMBRA

A mi respetable amig
el poeta D. José Márn

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.

ESTEBAN ECHEVERRIA.

Rojo el sol, en el ocaso
Sus resplandores hundía,
Y la Sombra que venía
Siguiendo a la Luz el paso:

—Para, Luz, y ven conmigo—
Exclamó—, ven un momento,
Que ha mucho el deseo siento
De conferenciar contigo.

—¿Sí? Pues que cese tu afán—
Dijo la Luz a la Sombra—,
Y sea la verde alfombra
Nuestro mullido diván—.

Sombra y Luz se reclinaron
Sobre una verde colina,
Y hete aquí la vespertina
Conversación que entablaron:

—Mira, Sombra, empieza ya,
Y trata de ser concisa
Pensando en que estoy de prisa
Pues mi padre, el Sol, se va.

—Ha mucho noto el desdén
Con que la espalda me das...
—¿Y por qué vienes detrás?
—Veo que contestas bien.

Pero hazme la confesión
De que tu faz refulgente,
Algo tiene de insolente...
—¡Aprensión, Sombra, aprensión!

Haces muy mal en tomar
Mi esplendor por insolencia,
Que es la ley de mi existencia
Brillar y siempre brillar.

Y mira, Sombra, lo siento,
Hasta por la paz de tu alma,
Que te arrebate la calma
Envidioso sentimiento.

—¡Envidiarte yo!... ¿Y por qué?
—¿Y lo preguntas, cuitada?
—Tú no eres mejor en nada.
—Que eres ciega, bien se ve.

Yo soy la primer mirada
Que el sol a la tierra envía,
Y vengo trayendo el día
Entre una nube rosada.

Del mar, en el horizonte
Apenas voy ascendiendo,
Y ya me están sonriendo
El agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
Yo arrebolo los espacios,
Yo recamo de topacios
De la blanca nube el velo.

De la mar, en las espumas
Yo brillo a la madrugada,
Como una pluma rosada
Entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer
En mil variados colores,
Que dan su tinte a las flores
Y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor
Que fecunda la Natura,
E hija del Sol que madura
La espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
Que la Creación ilumina:
Soy la sonrisa pristina
Del mismo Dios inmortal.

—Con atención escuché
Tu apología orgullosa;
Ahora escucha, Luz hermosa,
También quién soy, te diré.

Yo soy la viuda del Día
Que, envuelta en mi negro velo,
Voy derramando en el suelo
Mi dulce melancolía.

Me dan por nombre *La Noche,*
Y a mi misterioso encanto,
Abren las flores su broche
Para perfumar mi manto.

Siempre la verde pradera
Con amor me está llamando
Y las brisas van jugando
Con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas
El solo tributo tengo;
Fíjate y verás que vengo
Con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la luna,
Compañera del que vela,
Y que en la plata riëla
De la plácida laguna.

Del rayo del sol de estío
Neutralizo los rigores,
Regando a frutos y flores
Con suavísimo rocío.

El amor siempre halló en mí
Amiga discreta y fiel,
Y de sus horas de miel
Muda confidente fuí.

Siempre mi tupido manto
Ha velado generoso,
Del jornalero el reposo,
Del que es infeliz, el llanto.

Traigo a todo çorazón
Religioso sentimiento,
Pues que yo a mi paso siento
El rumor de la oración—.

Aquí la Sombra calló,
Y su voz aun resonaba,
Cuando la Luz que lloraba,
En sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,
Luz y Sombra se estrecharon,
Y de hinojos adoraron
Al monarca de los cielos.

Jurándose ante ese Dios
Que, a la hora vespertina,
Siempre al pie de esa colina
Se abrazarían las dos.

LAGRIMAS Y CANTARES

En los bienes fuí mudable
Y en el mal estable soy.

ROMANCE ANTIGUO.

Ya mi lira, antes sonora,
Sólo un sollozo levanta:
No soy ya el vate que canta,
Sino el infeliz que llora.

Y mal puede, en su quebranto,
Derramar blanda armonía,
El que en medio a su agonía
Derrama un amargo llanto.

Pero es la triste misión
Del vate, cantar llorando,
Y yo cantaré, mezclando
Mi llanto con mi canción.

¡Cantaré!... Su triste canto
Al viento mi lira exhale.
¡Lloraré!... Frío resbale
Por mi mejilla mi llanto.

¡Hondas torturas sufriendo
Y armonías modulando!...
¿No muere el cisne cantando?
Pues yo cantaré muriendo.

Tu camino y mi camino,
Un hado, niña, cruzó,
Pero traidor separó
Tu destino y mi destino.

Al encontrarnos buscamos
Uno para el otro flores:
Yo siento aún los rigores
De las espinas que hallamos.

Seco el labio, y febriciente,
Una sed de agua pedimos;
Una fuente descubrimos,
Y era veneno la fuente.

Cuando en lánguido desmayo
Alzamos la vista a Dios,
¿Recuerdas? vimos los dos
Rasgar a una nube un rayo.

Tu alma sensible oprimida,
Quebrado mi ánimo fuerte,
Vimos sentada a la muerte
Al dintel de nuestra vida.

Tú te alejaste de mí
Un triste *¡adiós!* murmurando:
¡Adiós!, dije yo, y llorando
También me alejé de ti.

Es dar la muerte a una palma
Alejar su compañera;
Si mi alma inmortal no fuera,
Muriera entonces sin tu alma.

¡Ay!... ¡cuántas veces volví
Hacia tu senda mis ojos!
¿Verdad que no era de abrojos
Como la que yo seguí?

Por ella, triste viajero,
Hago mi largo camino,
Dejando al ciego destino
Que marque mi derrotero.

Para templar mi fatiga,
Caminante y trovador,
Canto una historia de amor
A que tu nombre se liga.

Y allá, en las noches calladas,
Recorro yo en mi memoria,
Las páginas de esa historia
Tal vez para ti borradas.

Y en esas horas de calma,
Postrado en suelo de abrojos,
Al sueño cierro mis ojos
Por abrir al sueño mi alma.

Despierto, de tu pupila
La mágica luz buscaba;
¿Y sabes lo que encontraba?
Tinieblas negras, Lucila.

Dormido, ¡bello soñar!...
En la bóveda estrellada
Veo a la luna argentada
Con lánguida luz brillar.

Es una noche serena,
Tú galopas a mi lado,
De tu tordo, el casco herrado
Apenas hiere la arena.

¡Qué bella noche de estío!
¡Qué bien la luna retrata
Su disco hermoso de plata
Sobre la plata del río!

¡Gracias, reina de la esfera!
¡Gracias, astro generoso,
Que alumbras el cuerpo airoso
De mi gentil compañera!

El brillo de tu corona
Parece a mis ojos más,
Cuando sus rayos le das
A mi gallarda amazona.

De los sauces el ramaje
Mueve juguetón el viento,
Y se oye, blando, el acento
Que levanta el oleaje.

Besan, tu labio sonriente,
De los astros, los destellos,
Brillando en tus ojos bellos
E iluminando tu frente.

Sobre tu espalda y tu cuello,
Va, espléndida y derramada,
La caudalosa cascada
De tu joyante cabello.

De mi hondo, férvido amor,
Oyes el himno de fuego,
Y respondes a mi ruego
Con angelical rubor.

Tu labio deja escapar
Un *¡Yo te amo!* y... ¡desdichado!
¿Por qué fuí tan desgraciado
Que no lo volví a escuchar?

¡Placeres que el alma apura
En sus sueños misteriosos!
¡Dejos gratos, deliciosos,
De una soñada ventura!
.....

Tú te alejaste de mí
Un triste *¡adiós!* murmurando:
¡Adiós!, dije yo, y llorando
También me alejé de ti.

¿En la selva verde, nunca
El hondo lamento oíste
Que da al aire el ave triste
Al ver su existencia trunca?

Mi alma de quejas pobló
Los ámbitos del desierto,
Mas todo allí estaba muerto
Y ni un eco respondió.

Por la vida, peregrino,
Voy desde entonces vagando,
Con mis lágrimas regando
Los abrojos del camino.

Por eso tan triste canto
Al viento mi lira exhala.
Y por eso es que resbala
Por mi mejilla mi llanto.
.....

Así un poeta cantó.
¿Cantaría una mentira?
No: yo ví que por su lira
Una lágrima rodó.

TU Y YO

Por ti fué mi dulce suspiro primero,
Por ti mi secreto, constante anhelar.

G. GOMEZ DE AVELLANEDA.

El alma del que sufre es noche triste:
Toldada está por el pesar sombrío,
Y las amargas lágrimas que vierte
Son, Lucila, sus gotas de rocío.

Halla quien nace bajo estrella amiga,
Florida primavera en su existencia,
Y hasta el cielo, propicio, le sonríe
Del éter tras la clara transparencia.

Tú de mi amante corazón conoces
El secreto, Lucila, doloroso:
Aunque sólo de lejos, has oído
Su gemido profundo y angustioso.

Tú no sufriste ni lloraste nunca:
Tu vida, sólo ha sido una alborada
Teñida, cual las plumas de un flamenco.
Por una luz dulcísima y rosada.

El fuego del amor que por ti siento
Voraz, inextinguible, ya ha tornado
En cenizas las flores de mi alma.
¡La lava del volcán invadió el prado!

Tus amores de niña sólo fueron
Blandos gorjeos de canoras aves,
Brisas del sentimiento, juguetonas,
De las flores del alma, aromas suaves.

Tú, en el romance de la vida mía,
De mi existencia en la novela triste,
Hasta hoy llenaste, el doloroso cuadro,
Hasta hoy, Lucila, la heroína fuiste.

Yo pasé por el cielo de tu vida
Como una nube que arrebata el viento,
Sin dejar un recuerdo en tu memoria,
Sin despertar en tu alma un sentimiento.

Tú eres el agua que me roza el labio,
La fruta que el sentido me enajena,
Y un Tántalo yo soy que en vano agito
Los anillos de mi áspera cadena.

Yo soy, Lucila, a tus divinos ojos,
Estrellas de brillantes resplandores,
Más bien que tu amador, un jardinero
De quien recibes con desdén las flores.

Tú eres la inconmovible y desdeñosa,
Aunque gentil y bella castellana;
Yo, el trovador que canta al pie del muro
Sin que se abra a su acento tu ventana.

Tú eres el astro que en el cielo gira
Derramando su lumbre refulgente:
Yo, el satélite humilde, condenado
A seguir ese giro eternamente.

Tú eres la llama que la brisa leve
Hace ondular, apenas, cariñosa;
Yo, la víctima triste de ese fuego,
La pobre, enamorada mariposa.

Tú, las aguas tranquilas de tu vida
Surcarás dando el lino al blando viento,
Como el céfiro corre entre las flores,
Como cruza la luna el firmamento.

Yo, el desierto, Lucila, de la mía
Recorreré infelice peregrino,
Mojando con el llanto de mis ojos
Las espinas y piedras del camino.

Yo, en ese largo, fatigoso viaje,
En mi alma llevaré tu imagen bella.
Tú... ¡ni tan sólo pedirás al cielo
Un rayo de su luz para mi huella!

A MARIA

ENVIANDOLE UNA MAQUINA DE COSER

Con el sudor de tu rostro comerás el pan.
GENESIS: CAP. III, VERS. 19.

El alma de tu madre cariñosa,
De sus carnales lazos desprendida,
Se elevó a la región desconocida
En que mora el Eterno.
Bañadas tus mejillas por el llanto,
Faz a faz con el mundo te encontraste,
Tú, que siempre al calor te cobijaste
Del regazo materno.

La faz torva del mundo no te aterra:
La virtud hace al corazón valiente,
Y tú tienes la fuerza suficiente
Que las virtudes dan.
En tu orfandad y tu pobreza dices:
—*¡Mientras la mano de mi Dios me asista,*
Yo ganaré la tela que me vista,
Yo ganaré mi pan!

¡Oh! bendice a ese Dios, pobre María,
Que dirige tu noble pensamiento:
El es quien tan honrado sentimiento
Pone en tu corazón.
Desde el solio de nubes en que sienta
Ese Dios mismo su eternal grandeza,
Hará, niña, que baje a tu cabeza
Su gracia y bendición.

¿De qué sirve esa inquieta mariposa
Que al sol ostenta sus variadas galas
Y que el polvo dorado de sus alas
Coqueta hace brillar?

Sé tú en el mundo, mi querida amiga,
No esa inútil, pintada mariposa,
Sino la abeja noble y laboriosa
Que sabe trabajar.

La palabra de Dios es *el trabajo,*
Y cuando empleó su voluntad sagrada
En levantar los mundos de la nada,
El trabajó también.
De ese Dios el trabajo es un decreto
Que en esta frase bíblica se encierra:
—*Cultivarás con tu sudor la tierra;*
Adán, deja el Edén.

También soy pobre y al trabajo pido
El pedazo de pan de cada día:
Y en medio del trabajo alzo, María,
Alegre mi canción.
Trabaja tú también; deja, mi amiga,
A la borrasca mundanal que ruja,
Y al compás de esa máquina y su aguja,
Cante tu corazón.

A UNAS LAGRIMAS

DERRAMADAS DURANTE LA REPRESENTACION DE "LA TRAVIATA"

Los acentos amargos
De la infeliz Traviata,
Sin duda a herir llegaron
Las cuerdas de tu alma.

Yo vi que transparentes,
Cristalinas y diáfanas,
A tus hermosos ojos
Asomaron dos lágrimas.

¡Ay, si hubiera podido
Suprimir la distancia
Que ha tiempo entre nosotros
Se interpone tirana!

¡Ay, si un instante el mundo
Por nuestro bien cegara!
Yo, tu infeliz poeta,
Volaría a tus plantas.

Y esas gotas brillantes,
Transparentes y diáfanas,
Que rodaron temblando
Por tu morena cara,

Humedeciendo apenas
Tus mejillas rosadas,
Como esmalta el rocío
Las hojas de las dalias;

Esas gotas, te digo,
Tan puras como tu alma,
En mis ardientes labios
De cierto se secaran.

Pero ya que no puedo
Suprimir la distancia
Que ha tiempo entre nosotros
Se interpone tirana,

Déjame que te pida
De lejos una gracia:
Soy tu infeliz poeta
Que te alza una plegaria.

Los lirios, sobre el tallo,
Doblan las hojas blandas
Cuando pasa sobre ellos
La tempestad airada.

Todas las flores tiernas
Que nacieron en mi alma,
En ella no han dejado
Sino seca hojarasca.

La postrera de todas,
La flor de mi esperanza,
Perdiendo está sus hojas,
Sus tiernas hojas blancas.

Quemadas han sido ellas
Por las ardientes lágrimas
Que también han rodado
Por mis mejillas pálidas.

Ya que hay tanta ternura
En el vaso de tu alma,
Que hasta un dolor fingido
Hace que viertas lágrimas,

Yo quiero que una perla
De tus pestañas caiga
En la voraz hoguera
Que enciende tu mirada.

¡Oh, también de tus ojos
Yo deseo una lágrima!
¡Sí! que ruede temblando
Por tu morena cara.

Humedeciendo, apenas,
Tus mejillas rosadas,
Como esmalta el aljófar
Las hojas de las dalias.

A CARLOS MAYER (1)

Al menos, justicia del Cielo, que esos malvados reciban en la Tierra el único castigo que puede alcanzarles por ahora: el anatema de los buenos, dondequiera que sean conocidos sus delitos.

FLORENCIO VARELA.

...¡Patriota heroico!
El destino fatal, con la corona
Del martirio, su frente galardona.
Joven, lleno de vida y fortaleza,
De inteligencia y porvenir fecundo,
Con embrionario mundo en la cabeza,
Sin nada realizar se va del mundo.

ESTEBAN ECHEVERRIA.

¡Los bardos de la Patria te entonen sus loores!
¡Las vírgenes derramen sobre tu losa, flores
En que las perlas brillen que viertan al llorar!...
No puedo yo, como ellos, alzarte un digno canto;
No puedo yo, como ellas, de flores y de llanto
Del mártir de La Rioja la lápida regar.

¡Mas pueden, sí, las férreas bordonas de mi lira,
Pulsadas por la mano convulsa de la ira,
Hender, Carlos, los aires con fiera vibración,
Y enviar hasta los llanos, en que gloriosa y rota
Cayó tu noble espada, en cada ruda nota
A tus verdugos viles mi justa maldición!

Y no alces, como el Cristo, la mutilada frente
Pidiendo generoso, con voz desfalleciente,
Para los tigres fieros el bíblico perdón.
¡Malditos los que hundieron en tu lozano cuello
La daga ya mellada, el hierro del degüello,
Tornando con tu sangre más rojo su pendón!

(1) Murió asesinado cobardemente por los montoneros de La Rioja.

¡Sí! ¡Vibre del Plata hasta los más lejanos
Confines de la Patria, hasta los mismos llanos,
Cuyo verdor tu sangre preciosa enrojeció,
La maldición que lanzan los pechos argentinos
Sobre esa turba aleve de fríos asesinos
Que ni en el héroe al niño siquiera respetó!

¡Cobardes! ¿Le buscasteis en medio a la batalla,
Allí, donde zumbaba furiosa la metralla
Que, acaso, vuestra sangre con su silbido heló?
¿Por qué de vuestros chuzos la punta ensangrentada
Probar allí no quiso el temple de esa espada
Que acaso en vuestra espalda, malvados, se quebró?

Mas no, que le acechasteis con negra alevosía,
Sabiendo que es difícil del león la cacería,
Y en pérfida celada le hundisteis el puñal.
¡Sin duda que muy ancha le abristeis cada herida
Para que así por ellas pudiera hallar salida
Del desgraciado Carlos el alma colosal!

¡Comprendo, miserables, el miedo con que el pecho
Del héroe aun traspasabais, cuando sangriento lecho
De muerte allá en el seno de la llanura halló!
¿Verdad que recelabais que hacia la rota espada
El brazo aun alargase, lanzando en su mirada
La chispa que en la lucha mil veces os cegó?

¿Verdad que muchas veces del hierro acribillado
Al cielo alzó los ojos y, bravo y denodado,
Con nuevo extraño brío, intrépido cerró?
¡Oh, sí! Fué que sus ojos miraron en la esfera
El blanco y el celeste, y el sol de la bandera
Que en las nevadas crestas del Andes onduló.

¿No visteis al postrarle sobre la hierba, muerto,
Vagando por su labio descolorido, yerto,
Sonrisa misteriosa que os infundió pavor?
¡Oh! Era que las puertas del cielo se le abrían
A su alma bendecida, y allí la recibían
Los ángeles que forman el coro del Señor.

La sangre que rojeaba sobre su ebúrnea frente,
Formándole una aureola de púrpura esplendente
Fué el óleo del martirio que su cabeza ungió;

Y el pálido destello de su postrer mirada,
La luz que se apagaba en la ara ensangrentada
Después que el sacrificio fatal se consumó.

¡No, Carlos! no levantes la generosa frente,
Pidiendo como el Cristo con voz desfalleciente,
Para los tigres fieros el bíblico perdón.
¡Malditos los que hundieron en tu lozano cuello
La daga ya mellada, el hierro del degüello,
Tornando con tu sangre más rojo su pendón!

¡Retumbe desde el Plata hasta los más lejanos
Confines de la Patria, hasta los mismos llanos,
Cuyo verdor tu sangre preciosa enrojeció,
La maldición que lanzan los pechos argentinos
Sobre esa turba aleve de fríos asesinos
Que ni en el héroe al niño siquiera respetó!

¡TE ADORO!

Pálida virgen de los ojos negros,
De las notas de mi alma melodía,
Visión de mis ensueños, amorosa,
Trémula luz de la esperanza mía.

Perfume de una flor de las montañas
Abierta a la luz tímida, primera,
Cándida nube de espiral ondeante,
Aliento de la tibia primavera.

Copa graciosa de cristal luciente
De néctares olímpicos colmada,
Transparente panal de que destila,
Como en rayos de sol, la miel dorada.

Faro que luces en la niebla densa
Que el mar envuelve de mi triste vida,
Puerto anhelado que mi nave busca
Del oleaje violento sacudida.

¡Ay!... Yo no tengo de los bardos celtas
El arpa dulce de las cuerdas de oro,
Y sólo puedo de mi lira tosca
Arrancar este acento: *¡Yo te adoro!*

SERENATA

Hermosa, por quien suspiro,
Dulce alivio de mis penas,
Abandona el casto lecho.

JUAN M. PAZ.

Despierta, bella Lucila;
En el cielo,
Ninguna estrella rutila,
Y en el suelo
Sólo se oye mi canción;
Deslízate misteriosa
Entre sombras;
De tus pies de hojas de rosa,
Las alfombras
Ni sentirán la presión.

¿Está la abuela dormida?
Yo lo creo:
Su cortina está corrida,
Y no veo
Que en su aposento haya luz.
Sus manos secas no hojean
El breviario,
Y las cuentas no golpean,
Del rosario,
En la metálica cruz.

Deja tu lecho mullido,
Y, graciosa,
Envuelve en blanco vestido
Esa airosa
Cintura de palma real.
Ven, hermosa, ven conmigo,
Que en mi anhelo,
Veo abrirse ya el postigo,
Y un pañuelo
Ondular tras el cristal.

Ven, Lucila, no háyas miedo:
Nadie vela;
Sólo yo escucharte puedo:
La vihuela
Muy despacio pulso yo.
¿Por qué tiemblas? ¿Te asustaste?
El rüido
Que sorprendida escuchaste,
Sólo ha sido
De la cuerda del reloj.

¿Ya la abuela está dormida?
Yo lo creo:
Su cortina está corrida,
Y no veo
Que en su aposento haya luz.
Sus manos secas no hojean
El breviario,
Y las cuentas no golpean,
Del rosario,
En la metálica cruz.

Ven, Lucila: tu figura
Gentil, bella,
Entre la tiniebla oscura,
Como estrella
Derrame su resplandor;
Que aquí te aguarda rendido,
Y anhelante,
El corazón encendido,
Palpitante,
De tu amado trovador.

FLORES DEL TIEMPO Y FLORES DEL ALMA

Vida de mi vida,
Gloria de mi alma,
Viva en la memoria,
Muerta en la esperanza.

TESORO DE LOS ROMANCEROS.
(ANONIMO)

¡Riega, hermosa, tus flores! ¡Cuánta dicha
Al abrir su capullo les espera!
El rostro de tan bella jardinera
Por primer sol tendrán.
¡Riega, riega tus flores! También ellas,
Su destino feliz adivinando,
Por romper el botón están pugnando
Con amoroso afán.

No anhelan, no, las chispas del rocío
Que derrama en las flores la alborada,
Ni tampoco la brisa perfumada
Que vaga a la oración.
Ellas esperan elevar su esencia
Desde tu seno a tu torneado cuello,
O deshojadas caer de tu cabello
Sobre tu corazón.

¡Riega, riega tus flores, virgen pura,
La de los negros, rutilantes ojos,
La de los castos vívidos sonrojos,
La de morena tez!
¡Riega, riega tus flores, hada hermosa,
Mi sueño trunco, mi perdido cielo!
Yo riego con el llanto de mi duelo
Mis flores a mi vez.

Ellas nacieron en el alma mía
Al calor de tu mágica mirada;
Fué su destino la borrasca airada,
¡El cierzo y nada más!
No en gajos verdes ni en lozano tallo
Se ostentarán sus hojas purpurinas;
Su tronco erizarán duras espinas,
Por siempre y por jamás.

PAGINAS DE MI CARTERA

A mí la tempestad, a tí bonanza.
JUAN CARLOS GOMEZ.

¿Qué nube, qué celaje de tristeza
El cielo de tu frente está sombreando?
¿Qué espina el corazón te está punzando
Con bárbaro rigor?
¿Por qué la pura flor de tu alma bella
Sus albas hojas pliega entristecida?
¿Qué acíbar en la copa de tu vida
Derrama hoy el dolor?

¿Qué brisa melancólica, Dios mío,
Bate a ese ser a quien adoro tanto?
¿Qué húmeda huella de reciente llanto
En sus ojos se ve?
¿El gusano roedor de una honda pena
Su pobre corazón está mordiendo?
¿Qué hace allí sola, de la fiesta huyendo?
¿Por qué sufre, por qué?

Oye, escucha, mi Dios; sabes que la amo
Con amor digno de ella, amor sublime;
Amor que en lo hondo de mi pecho gime
Carbonizándolo:
Sabes que llevo el corazón herido
Por el dardo mortal de ese amor mismo,
Y que llorando mido el negro abismo
Abierto entre ella y yo.

Oye, escucha, mi Dios; no sé mi culpa,
Pero sé que a llorar yo vine al mundo:
Para mí no es arcano muy profundo
El de mi porvenir.
Es porvenir de duelo, es el hastío,
El desencanto, el sufrimiento mudo;
Tal vez el crimen... porque a veces dudo
¡Si debo o no vivir!

Pues bien, Señor: en el amargo cáliz
De mi dolor, de mi esperanza rota,
Todavía caber puede una gota;
Derrámala no más.
Pero en la copa de la vida de ella
Solamente, Señor, derrama almíbar,
Aunque yo viva devorando acíbar
Por siempre y por jamás.

BARCAROLA

Y en un batel, que coronaran flores,
Siendo remos mis manos cariñosas,
El ángel conducir de mis amores.

SALAS Y QUIROGA.

La vida humana es un lago
En que el hombre es gondolero
Sin más norte y derrotero
Que el que su hado le marcó:
El verde esquife que guía,
En borrascas o en bonanza,
Es la ambición, la esperanza
Que en su pecho germinó.

¡Vedle bogar! Ved cual deja
Un rastro hirviente de espuma
Como una rizada pluma
Que de algún cisne cayó.
Y son las horas que vive,
El tiempo que raudo vuela,
Esa fugaz, blanca estela
Que la quilla levantó.

¡Vedle bogar! Mas ya arroja
El tardo remo, y, contento,
Da la blanca lona al viento
Porque desea volar.
¿Veis? Una ráfaga ruda
Hace su lino jirones...
El soplo es de sus pasiones
Que le impele a zozobrar.

Del lago de mi existencia,
La superficie tranquila,
Surcaba yo, mi Lucila,
Gondolero y trovador,
Y en el cristal de las aguas
Bella, pura y voluptuosa,
Vi vuestra imagen hermosa
Y sentí un mundo de amor.

Vos, de esas aguas ondina,
Vos, de ese lago sirena,
Al negro fondo de arena
Podéis mi esquife llevar;
O reclinada en su borda,
Y al vaivén del oleaje,
Hacer un cielo del viaje
De quien iba a naufragar.

Cuando la luna derrame
Su brillo pálido y vago,
Yo ahogaré el rumor del lago
Con barcarolas de amor;
Y al compás de mis canciones
Cortaré el agua tranquila,
Siendo así, de mi Lucila,
Gondolero y trovador.

Cuando las brisas nocturnas
Den impulso a nuestro leño,
Y en brazos de un dulce sueño
Cerréis los luceros vos,
Yo, mi Lucila, hacia el Cielo
Alzaré los tristes ojos,
Y diré puesto de hinojos:
—*¡Dios nos proteja a los dos!*

PLEGARIA

Ni la fuente, ni el ave, ni las flores
Me dejaron rumor, canto o fragancia.

F. DE LA VERA.

Del mundo, en el desierto,
He cruzado, Señor, yermas llanuras;
Y con el labio seco, el paso incierto,
Y de polvo cubierto,
Por lecho sólo hallé las piedras duras.

En mi viaje cansado
No besaron mi frente frescas brisas:
Soles abrasadores la han tostado,
Y en suelo de cenizas
Mis huellas estampadas he dejado.

Nunca lució, Dios mío,
A mis ojos, rosado un horizonte;
Siempre mi cielo me miró sombrío,
Como un fantasma el monte,
Y como sierpe enfurecida el río.

No halagaron mi oído
Con su armonioso canto, aves parleras;
Sólo con su fatídico graznido,
Bandadas agoreras,
Por sobre mí pasando, le han herido.

Ni praderas pintadas,
Ni arroyos murmurantes, saltadores,
Ni selvas de tejidas enramadas,
Ni cármenes de flores,
Se ofrecieron jamás a mis miradas.

Luce ahora a mis ojos
Un esplendente, encantador paisaje:
¡Harto he andado ya por sobre abrojos!
¡Que no sea un miraje,
Yo te pido, gran Dios, puesto de hinojos!

¡ADIOS!

A Lucila,
antes de ir a un duelo

De pesar una lágrima sentida
No brote, no, de tus hermosos ojos:
¿Por qué llorar mi muerte si mi vida
Era un erial de espinas y de abrojos?

No puede ser mi luz el dulce brillo
Que derrama en efluvios tu pupila,
Y es mi infierno el que irradia del anillo
Que otro en tu mano colocó, Lucila.

¿Qué iba a hallar este pobre peregrino
A un desierto sin término lanzado?
¿Adelfas y cicuta en su camino?
¡Oh, no las hay en el sepulcro helado!

En el mar proceloso de la vida
El amor es el puerto de bonanza;
¿Y a dónde guiar mi nave combatida
Si mi amor es amor sin esperanza?

¡Venga el rayo de plomo, que hoy por suerte
Sobre mi frente, amenazante oscila;
Y en la mansión oscura de la muerte
La paz recobre el corazón, Lucila!

AYER, HOY Y DESPUES

AYER

Así como el Inca ferviente adoraba
La faz deslumbrante del fúlgido sol,
Así, con el alma de amor impregnada,
Así te amé yo.

HOY

Así como el rayo de luz, desmayado,
Que envía postrero la aljaba del sol
Adora a la rosa de cándido seno,
Así te amo yo.

DESPUES

Así como el sauce que envuelven las sombras
Amará el destello primero del sol,
Así, luz de mi alma, mi bien, mi esperanza,
Te adoraré yo.

CANTARES

Cuando yo tomo la pluma
Y saco a luz mi cuaderno,
Hagan de cuenta que agarro
Mi guitarra por el cuello.

Para ver si soy poeta
Fíjate, niña, tan sólo
En que lloro cuando canto
Y en que canto cuando lloro.

Yo mojo en llanto mi pluma;
¡Sarcasmo de hado funesto
Que siendo mi alma tan blanca
Me ha de servir de tintero!

En tu casa me aborrecen
Sin más que porque te quiero:
Es decir, que si te odiara
Me querrían con extremo.

Dicen que soy horroroso:
Por la lisonja, mil gracias;
Mira tú mi corazón
Y prescinde de mi cara.

Las cicatrices del rostro
Poco me importan, o nada;
Las que me importan, y mucho,
Son las que tengo en el alma.

Se me figura que son
Tus lindos ojos, morena,
Dos lagunas de azabache
En que la luna riëla.

¿Qué tienen, niña, tus labios,
Que cada vez que los miro
Siento, con sorpresa grande,
Que se me estiran los míos?

Mira: si fuera pastor
Y si tú, pastora fueras,
Me parece que andarían
Mezcladas nuestras ovejas.

Cuando te veo, cavilo
En el contraste tremendo
Que hace tu vestido blanco
Con tu corazón tan negro.

Es tu ventana un *altar,*
Una *deidad* tu persona,
Mi amor un ardiente *culto,*
¿Podré contar con *La Gloria?*

Me enviaste un día una cruz
Y desde entonces me digo:
—¿Significará esto *Fe*
O querrá decir *Martirio*?—

Ella vino en un pañuelo
De Cambray de hilo bordado;
¡Ay, Lucila! ¡Cuántas veces
Enjugué con él mi llanto!

¡ASILALO!

EN EL REVERSO DE UN RETRATO DEL AUTOR, ENVIADO A UNA DAMA, CLANDESTINAMENTE, POR HABERLE DESPOJADO SU FAMILIA DE OTRO IGUAL

Si también contra esta efigie
Llevan la persecución,
Dale en tu seno, un asilo,
Cerca de tu corazón.

¡Pero, no; no le concedas
La entrada a ese cielo, no;
Pues moriría de celos
De mi propia imagen yo!

ULTIMA LAGRIMA

Consumatum est!

JESUCRISTO.

¡Ya todo se acabó!... Dejad que el pecho
Por un instante con mi mano oprima,
Dejad que el llanto de mis ojos corra,
Dejad que mi alma sollozando gima.

Es, señora, mi llanto postrimero,
Llanto del triste corazón herido,
Es mi último sollozo en este mundo,
Es en la tierra mi postrer gemido.

Llorar al pie de un túmulo, señora,
Nunca del noble corazón fué mengua;
Pues con el llanto el sentimiento dice
Lo que decir no puede con la lengua.

La antorcha que encendieron en el ara,
A cuyo pie fijasteis vuestra suerte,
A mis ojos, señora, sólo ha sido
El amarillo cirio de la muerte.

En la blanca guirnalda, que al cabello
Prendieron vuestras manos delicadas,
Mis ojos sólo han visto flores tristes
Sobre el paño de un féretro arrojadas.

En el sí que dijeron vuestros labios
Sólo oí el estertor de una agonía,
El rechinar del enmohecido gozne
De un helado sepulcro que se abría.

¡Ya todo se acabó!... Dejad que el pecho
Por un momento con mi mano oprima,
Dejad que el llanto de mis ojos corra,
Dejad que mi alma sollozando gima.
.....

¡No lloro ya!... La piedra funeraria
Para siempre cayó pesada y fría...
¡Las losas de las tumbas nunca lloran,
Y una tumba es, señora, el alma mía!

LLORANDO LA MUERTE DE UNA MARTIR

Ahora sí que eres mía... En el sepulcro
Puedo llorarte solo mi Lucila,
Te envenenó el gusano, rico, enfermo,
Pero tu estrella para mí rutila.

En las joyantes noches del estío,
Cuando era tu vivir una alborada
Teñida cual las plumas de un flamenco
Por una luz dulcísima y rosada;

Tu amor fué mi perfume, mi esperanza,
La novela de mi alma, mi alegría,
Cuando tú me decías: *Mi poeta,*
Me inundabas de luz y de poesía.

Y cuando te entregaron al gusano
Yo lloré en el altar del firmamento,
Pero si a mí me mata tu partida
¡Cómo los matará el remordimiento!

Yo he pedido el perdón para tus culpas
Y pido para ti, toda delicia...
Tú eres, entre el rayo de la luna
El plateado fulgor que me acaricia.

A TU PARTIDA

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA E. M.

Vano es mi llanto, vano es mi ruego;
Ya su estandarte de humo y de fuego
Muestra el vapor...
¡Vedlo! se burla de mis gemidos,
Sólo contesta con sus silbidos
A mi dolor.

¿Veis cuán contento se pavonea?
¿Veis con qué orgullo se balancea?
¡Yo sé por qué!
Mientras las olas le están meciendo,
A Buenos Aires le está diciendo:
¡Te la quité!

¡Ya leva el ancla! ¡La nave vira!...
Oye un momento, graciosa Elmira,
Ya que te vas.
¿A los que al verte partir derraman
Amargo llanto, pues tanto te aman,
Olvidarás?

Antes que crueles, el mar y el cielo
Tu nave oculten, yo mi pañuelo
Agitaré.

El tuyo entonces dando a los aires,
Grítame Elmira: *¡A Buenos Aires*
Yo volveré!

¡Partió la nave! Sólo a la orilla
La espuma envia que va su quilla
Dejando en pos.
Un humo vago lejos se mira...
También lo pierde mi vista, Elmira,
¡Adiós! ¡Adiós!

MIS VOTOS

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA V. M.

De los pesares, nunca,
La nube oscura
Tu nívea frente empañe,
Bella Ventura.
Tiernos querubes
Con sus alas la guarden
De negras nubes.

Jamás de amargo llanto
Gotas glaciales,
De tus ojos asomen
Por los cristales.
Si viertes llanto,
El, brote de la dicha
No del quebranto.

Tus labios de rubíes,
Niña querida,
Nunca entreabra un suspiro
Del alma herida.
¡Al cielo plegue
Que siempre tu sonrisa
Sobre ellos juegue!

Que nunca ondule, niña,
Tu ebúrneo seno,
Agitado por negro,
Letal veneno.
Que ondule en calma,
Bajo esos tules puros
Como lo es tu alma.

Jamás hado enemigo
Torne en espinas
Las flores de la senda
Por que hoy caminas.
¡Corra tu vida
Sobre lirios y rosas,
Niña querida!

A LA NIÑA LAURENTINA WILSON

EN SUS PRIMEROS DIAS

¡Vedla! Parece un querube
En su cuna, Laurentina;
Un ángel que al cielo sube
Envuelto en la blanca nube
De esa tenue muselina.

En torno de sí tendiendo
Su mirada dulce y pura,
Al mundo está sonriendo,
Graciosamente entreabriendo
Sus labios de miniatura.

¡Ojalá él también te halague
En la edad que aun no divisas!
¡Que nunca tu paz amargue!
¡Que nunca, ángel puro, pague
Con lágrimas tus sonrisas!

Recién al mundo venida
Todo es bello ante tus ojos.
¡Ay, al dintel de la vida,
La mujer es flor mecida
Sobre punzantes abrojos!

A BELEN CASTELLANOS DE MARTINEZ DE HOZ

EN SU ALBUM

¡Venid, venid los de inspirada mente
A formar vuestro coro!...
¡Venid los que a la frente
Lauros verdes ceñís, los que pulsando
La lira de marfil con cuerdas de oro,
Los aires vais poblando
Con acentos süaves,
Como el canto de amores de las aves!

Aquí su templo está; vuestros loores
Aquí resuenen; gomas perfumadas
Quemad aquí también, y deshojadas
Arrojad a sus pies cándidas flores.

La belleza y la gracia siempre han sido
El numen, rico y tierno
De los que han recibido,
De manos del Eterno,
Esa chispa que brilla, consagrada,
Del poeta en la frente coronada;
Y en Belén, la náyade a quien acaso
Las ondas de algún mar, entristecidas,
Lloran, al ver que el sol se hunde en ocaso,
La gracia y la belleza están unidas
Como veis confundidos los colores
En el iris, las nubes y las flores.

¡Venid, venid poetas! La alabanza
Alzad en coro excelso, que merecen
Sus ojos del color de la esperanza;
Ojos cuyas miradas me parecen
Ese rayo de sol que llega blando
Por entre hojas verdísimas pasando.

Decidle que es muy bella; que su frente
Ni en las *flores del aire* halla rivales;
Que el labio sonriënte,

Ni compararse puede a dos corales,
Ni a la grana de Tiro celebrada,
Sino a dos ricos granos de granada.

Decidle que su acento,
Es música celeste; que su gracia
Es de sílfide aérea; que es su aliento
El del blanco racimo de la acacia.

Decidle que sus manos
Dos ramilletes son de albos jazmines;
Y también que, en los cielos soberanos,
Hay muchos envidiosos querubines.

Decidle que la amáis de amor ferviente,
Y veréis cómo baja la mirada
Mientras pasa una nube sonrosada
Por el cielo de nácar de su frente.

Decidle que levante
Las ricas esmeraldas de sus ojos,
Que el poeta es de la belleza amante,
Y que a su amor, sublime y delirante,
No respondieron nunca los sonrojos.

Contadle del poeta los amores,
Decidle cómo quiere lo que es bello,
Nubes, céfiros, aves, fuentes, flores
Y el pálido destello
Que la luna argentada
Sobre la onda azulada
Melancólica lanza,
Tan débil como la última esperanza.

Cantad así a Belén, en dulce coro,
Bardos sublimes de laureada frente,
Pulsando suavemente
La lira de marfil de cuerdas de oro.

COMPOSICIONES FESTIVAS

MONOLOGO DE UN TRONERA

Pues señor, es fuerte cosa
La que a mí me está pasando:
¡Qué crisis tan horrorosa!
¡Qué situación espantosa
La que estoy atravesando!

¡Quién diablos lo presumiera!
¡Yo, enredado de tal modo!
¿Dónde está el gran calavera?
¿Dónde, el insigne tronera
Que se burlaba de todo?

¡Pues es nada la mudanza!
¡Yo, pensando seriamente!
¡Voto al demonio! Y no es chanza,
Pues que muy bien se me alcanza
Mi situación afligente.

¿Dónde está el hombre que *fuí*?
¿De dónde vino el que *soy*?
Si *yo* soy *yo* ¿cómo estoy
Tan diferente de *mí*
Como mi *ayer* de mi *hoy*?

¿Y si es que *yo* no soy *yo*,
Quién soy entonces, por Cristo?
¿Alguno en mí se metió?
¿Quién es, pues, y cómo entró
Sin ser sentido ni visto?

¡Muy lucido me he quedado
Si es que estamos dos en uno!
¿Y si estoy embarazado
Cómo saldré de cuidado
De ese *mi otro yo* importuno?

Yo, que tardes mañanas
Y mediodías y noches
Vivía *ojo a las ventanas*
Transparentando persianas
Y cortinillas de coches;

Yo, que no pensaba más
Que en jaranear y en reír
Sin preocuparme jamás
De lo que dejaba atrás
Ni del vago porvenir;

Yo, que a narigona, ñata,
Alta, baja, fea, hermosa,
Liberal o mogigata,
Cortejé *a salto de mata*
En mi vida borrascosa;

Yo, que nunca me cuidaba,
En medio de mis placeres,
Si alguna reía o lloraba,
Pues ni un pito se me daba
Risa o llanto de mujeres;

Yo, que llamaba bolonio
Al hombre que se casaba;
Yo, que huía al matrimonio
Como a la cruz el demonio,
Pues mucho más me espantaba;

Yo, *yo*, que en filosofar
Nunca en mi vida pensé,
Sino en correr y rodar
Como bola de billar
En la mesa de un *café;*

Hoy me encuentro como un zote
Con el magín aturdido
Porque me trae, más que al trote,
El camote más camote
Que hasta aquí se ha conocido.

¿Y qué hago en tan feo apuro?
¿Qué remedio a tanto mal?
¿Me caso?... ¡Zape! ¡Es muy duro!
¿No me caso? Me torturo:
¿Qué hago en trance tan fatal?
.....

En la vida de familia
Dicen que hay tantos encantos...
Y al fin... El genio de Emilia
Con el mío se concilia...
¡Y tiene atractivos tantos!...
.....

¿Qué diablos estoy diciendo?
¿En qué demonios pensando?
¿Estoy loco? ¿Estoy soñando?
¿Estoy borracho? ¡Yo entiendo
Que he estado disparatando!

¡Vamos! Me había olvidado
De que en mí ya es maña vieja
La de estar enamorado.
¿A que mañana o pasado
Ni me fijaré en su reja?

Ahora sí que *yo* soy *yo*
Neto, pues se me ha salido
El alguien que se me entró:
¡Y que me emplumen si no
El mismo demonio ha sido!

Pero media hora ha pasado
En la tal filosofía;
¡Y yo que estaba citado
Por la del chal encarnado
Para hoy a la una del día!

La chica se habrá enfadado
Por mi torpe inasistencia;
Y todo porque yo he estado
Pensando en... ¡Bah! en el pecado
Encontré la penitencia.

MI ORACION A TODAS HORAS

Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
A quien, aunque nunca he visto,
Con fe profunda venero;

Heme postrado de hinojos
Ante tu altar esplendente,
Alzando a Ti de mis ojos
La mirada reverente;

Humilde el suelo besando,
Dándome golpes de pecho,
Con cilicios macerando
Mis piernas, de trecho en trecho;

Cubierto de cardenales
De faz ancha y purpurina,
Que me sacan los ramales
De esta dura disciplina;

Con el rostro macilento
A causa de ayuno tanto,
Y entrecortado el acento
Por el más amargo llanto;

Suplicándote, Señor,
Por la sangre que vertiste,
Para ser el Redentor
Del mundo que redimiste;

Y rogándote, Señor,
En fervorosa oración,
Que ya que eres mi Creador
Impidas mi destrucción.

Y, pues, misericordioso,
Infinitamente eres,
Líbrame, Jesús piadoso,
Del álbum de las mujeres.

El álbum, Señor, es peste
Que no habrá quién la sofoque,
Si desde el Reino Celeste
No nos mandas a San Roque.

No me abandones, Señor,
Por la sangre que vertiste
Para ser el Redentor
Del mundo que redimiste.

Líbrame, Señor, ya que eres,
La fuente de todo bien,
Del álbum de las mujeres
Que es la plaga peor: Amén.

EL Y ELLA

El, echando a bocanadas
El humo de un cigarrazo,
Viene con otro del brazo
Riendo ambos a carcajadas.
Al ver que están levantadas
Ciertas persianas, se para,
Y al amigo le declara
Que hará muy bien si lo deja,
Y así que el otro se aleja
Cambia nuestro hombre de cara.

Ella juega en un sillón
Con un galguito que tiene,
Y ni bien siente que él viene,
Cambia la decoración.
—*¡Sal de aquí!*—, y un coscorrón
Recibe el pobre animal,
Y aquella cara *pascual*
Se convierte, en un minuto,
En cara de *medio luto*:
¿Qué tal la cosa, qué tal?

—¿Cómo está usted, señorita?
—Buena: ¿y usted cómo está?
—Siempre bueno: ¿y su mamita?
—Buena siempre: ¿y su papá?

—Tal vez a usted la sorprende
Mi visita...
—¿A mí? ¿por qué?
—¿Se hace usted la que no entiende?
—Hable usted y entenderé.

—Que entendiera usted creí,
Sin que yo se lo explicara.
—Jamás adivina fuí;
¿O tengo de tal la cara?

—Está usted muy oportuna.
—No es poca felicidad.
—Espiritual, cual ninguna.
—¡Jesús! ¡qué amabilidad!

—Haga usted la broma a un lado.
—Hágala usted que la trajo.
—No grite: estoy a su lado.
—¿Por qué usted no habla más bajo?

—He venido, señorita,
A despedirme, esta vez.
—Agradezco la visita
Y la encuentro muy cortés.

—¡Qué melifluo está su acento!
—Y su voz ¡qué modulada!
—Está usted hecha un portento.
—Y usted hecho una monada.

—La encuentro a usted con un modo...
—Viene usted con un modito...
—Me place imitarla en todo.
—Y a mí, copiarlo en todito.

—Deje usted ese antifaz.
—Y usted su rol de comparsa.
—No le va bien su disfraz.
—Me es fastidiosa su farsa.

—Señorita: está usted dura.
—Y usted, pesado, señor.
—Poco amable, y si me apura...
—Poco atento, o lo que es peor...

—Más fina yo la he tratado.
—Y yo a usted menos grosero.
—Señorita: es demasiado...
—Ya esto es mucho, caballero.

—¿Usted cree que es un tesoro?
—¿Y usted que vale por cuatro?
—¿Piensa usted que yo la adoro?
—¿Y usted que yo la idolatro?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Me da usted risa;
Sublime, divina, está.
—Suba sobre esa repisa:
¡Qué chiche! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Usted se burla de mí?
—Es justo corresponderlo.
—En amarla un tonto fuí.
—Y yo una necia en quererlo.

—¿Dice usted que me ha querido?
—¿Usted dice que me ha amado?
—Cierto es, pero así me ha ido.
—Asi también la he pagado.

—¿Piensa usted que me avasalle?
Pues con tomar mi sombrero...
—¿Se habrá ido usted a la calle?
Es pública, caballero.

—No vi mujer más mujer.
—Ni hombre más hombre yo he visto.
—¡Es usted un Lucifer!
—¡Y usted el mismo Anticristo!

—¡La mujer!... ¡así es su pago!
¡La mujer!... ¡mezcla que encierra
El insulto y el halago,
Hiel, almíbar, paz y guerra!

Calor, frío, infierno y cielo,
Amor, odio, risa, llanto,
Virtud, crimen, fuego, hielo,
Esperanza y desencanto.

La calma y la tempestad,
Lágrimas y carcajadas,
La traición y la lealtad,
Caricias y puñaladas.

Maldiciones y sonrisas,
Nunca, siempre, ya, jamás,
Huracán y blandas brisas,
¡Querubín y Satanás!

—¡El hombre! ¡creación extraña!
¿Se le acercan?, se desvía;
Cree en todo si se le engaña,
Paga lealtad con falsía;

Es tigre y es un milano,
Es el placer y el dolor,
Es un esclavo tirano,
Es verdugo y protector.

Es débil y omnipotente,
Es la unión con el desvío,
Dulce amargo, fuego frío,
Agua seca, hielo ardiente.

¿Me río? lanza un suspiro.
¿Lo mimo? viene el enojo,
Me afloja si yo le tiro,
Y me tira si le aflojo.

—¡Adiós! No nos une ya
Ningún vínculo a los dos;
Pero a usted le pesará:
A los pies de usted, ¡adiós!...

—¡Adiós! usted lo ha querido,
Sea así: ¡desleal!, ¡ingrato!...
Pero... un favor yo le pido:
Devuélvame mi retrato.

—¡Yo, desleal! ¡ingrato, yo!
Eso es: ¿las culpas son mías?
¿No fué usted quien me trató?...
—¿Y su ausencia de tres días?

—Bien le consta a usted que el martes
Estuve enfermo...
—¡No hay tal!
¡Ha ido usted a todas partes!
—¡Si la han informado mal!

—¡Mentiroso!
—Yo le juro...
—¿Qué me jura? ¿que no es cierto?
—¡Por supuesto!
—¡Es un perjuro!
—Primero me caiga muerto.

—Vamos, suélteme la mano.
No merece...
—¿No merezco?
—Es un pícaro, un tirano,
Mire: a veces lo aborrezco.

—Dame un beso.
—Se acabaron.
—¡Toma!
—¡Ay, Dios! ¡besarme a mí!...
A mis labios lo robaron
Los suyos... ¡qué gracia, así!

—Hoy mismo te vengo a ver:
Me voy ahora...
—¡Qué prisa!
—Tengo una cosa que hacer
Muy urgente y muy precisa.

—Siempre anda usted con urgencias.
—¿Sigue el *usted*? ¡qué rigor!
—No le faltan diligencias:
¡Ni que fuera corredor!

—Si a la oración no he venido...
—No te dejo ni una mota:
Sentada allí me he dormido
Tres noches, como marmota.

—Hasta luego, feliz salgo
Reconciliado contigo.
.....

Y *Ella*, fué a buscar su galgo,
Y *El* se fué a buscar su amigo.

SONETOS

A mi querido amigo
Matías Beheti

Mi querido Beheti: a ciertos retos
Con la altanera frente doy respuesta;
Te mando ese cuaterno de sonetos:
Te gané los habanos de la apuesta.

LA CITA

Era de noche: cándidas, flotantes,
Las nubes discurrían por los cielos,
Salpicadas de estrellas, como velos
Bordados de topacios y diamantes.

Los rayos de la luna, fulgurantes,
Plateaban las lagunas y arroyuelos
Que entre pliegues de verdes terciopelos
Movían sus caudales murmurantes.

Crucé el jardín con paso cauteloso
Hollando margaritas, que un quejido
Exhalaban heridas en su tallo;

Distinguí su vestido vaporoso,
Me acerqué, me abrazó, lanzó un gemido
Porque al besarla yo... le pisé un callo.

CLARA

En descubierto, espléndido carruaje,
Tirado por caballos que envidiara
Para su carro Apolo, iba mi Clara
Entre nubes de tul y rico encaje.

Parecía una estrella entre un celaje,
Un lirio que el rocío abrillantara,
Una Venus, que, núbil, levantara
Su divina cabeza entre el oleaje.

¡No tan raudo corrió como su coche
El tiempo matador!... Fué al fin la noche:
Volé de ese astro a deslumbrarme al brillo,

Llegué a su elegantísima morada,
Corrí a su alcoba, y vila que agitada...
Se lavaba los pies en un lebrillo.

EL TALAMO

ORIENTAL

¡Ven, Alina querida, ven sultana,
La de los dulces ojos azulados,
La de cabellos crespos y dorados,
La de boca de perlas y de grana!

¡Ven, de mi alma la sola soberana,
Imán de mis desvelos y cuidados,
Que entre tus brazos blancos y torneados
Quiero aguardar la luz de la mañana!

Gomas de Arabia ya quemé en tu alcoba,
Flores sobre tu lecho he derramado,
Cuyo matiz, sobre él, vívido salta.

Del delicioso Chipre que te arroba,
Ya tu copa llené, y aun me he acordado
De *cierto mueble*, por si te hace falta.

AMOR

¡Ella vendrá por fin! ¡Mi ardiente anhelo
El premio alcanzará tan suspirado!...
Pronto en sus brazos rasgaré embriagado
De enemigo pudor espeso el velo.

¡Oh! ¡Cuánto tarda en enlutarse el cielo!
Esperar, es vivir desesperado.
Parece que ese horario está clavado...
¡Oh! ¡Cuán lento es del tiempo el tardo vuelo!

Mas... ¡ya la hora sonó! ¿Por qué mi Irene,
El ángel celestial de mis amores,
No llega ya? ¿La esperaré yo en vano?

Pero... a la puerta llaman... ella viene...
¡Sí! ¡Ya siento el perfume de sus flores!
¡Maldición!... Es... ¡Don Hilarión Medrano!

EL SERENO

Canto al ser que más me hostiga,
Me consume y me atosiga;
Por quien, noche a noche peno;
Pesadilla sempiterna,
Cabrión de chuzo y linterna
Que denominan *Sereno.*

¡Ay! señor don Cayetano (1);
Sea usted un *hombre humano,*
Compasivo, amable y bueno;
Y ordénele que se aguarde,
Y que cante algo más tarde
Al inflexible Sereno.

Es la más horrible cosa
La pena más horrorosa,
Para un pecho de amor lleno,
El tener que levantarse,
Despedirse y retirarse
Porque ha cantado el Sereno.

Y diga usted: Adiosito,
Adorable circulito,
Entretenido y ameno.
Y cálese la *galera* (2),
Y baje usted la escalera
Y no acogote al Sereno.

Denme veinte mil bollazos,
Machúquenme a martillazos,
Háganme tragar veneno,
Pero vean de librarme
De tener que sujetarme
Al graznido de un Sereno.

¿No hay quien te ajuste al gañote
La correa del capote,
Verdugo del gusto ajeno?

(1) Alude al señor D. Cayetano Cazón, jefe de policía.
(2) El sombrero.

¿Qué placer hallas, bellaco,
En gritar, como un barraco (1),
Las once han dado y sereno?

¡Quiera Dios que a esa hora misma
Te des tal golpe en la crisma,
Que te desahucie un galeno;
Y todo porque un barcino
Se atraviese en tu camino
Abominable Sereno!

¡Dios haga que cada noche
Que llueva, no pase un coche
Sin salpicarte de cieno!
¡Que cuando el frío te erice,
Llueva con viento y granice!
¿Quién te manda ser Sereno?

¡Que dormido, un compadrito
Venga y te agarre hasta el pito
Que traes colgando en el seno,
Y que en ese mismo instante,
Te recuerde el *ayudante*
Con un: *¡Arriba, Sereno!*

Aunque nadie lo sufriera,
Yo, reventar permitiera
En mi misma oreja un trueno;
Pero no acepto, por nada,
Esa canción titulada:
¡Las once han dado y sereno!

(1) Verraco.

POR LA PLATA BAILA EL MONO

Que un triste, infeliz empleado,
Deje al fin su mesa dura,
Después de haberse acarreado
Algún mal endemoniado,
Sin llevar para su cura
Ni esperanzas de pensión,
Lo comprende Melitón.

Pero que en una docena
De meses de oficinista
Saque la bolsa más llena
Que la del mismo Anchorena
Un simple covachuelista
De oscura y baja extracción,
No lo entiende Melitón.

Que ha habido empleado tan trucha,
Tan corsario y tan sabueso,
Que por pocas no se embucha
Más tierras que el mismo Atucha,
Y más tesoros que Creso,
Y más onzas que Lafont,
Bien lo sabe Melitón.

Pero que gaste en comidas,
En orgías y en carruajes,
En palcos y en cien queridas
Ese improvisado Midas (1)
Sus dos millones de *gajes*
Sin que lo atrape Cazón (2),
No lo entiende Melitón.

Que anda como una pelota,
Del que es pobre, el memorial;
Aquí salta, allí rebota,
Del asesor al fiscal,

(1) Rey de Frigia que recibió de Baco el don de convertir en oro cuanto tocase.
(2) Jefe de policía.

Del contador general
Al jefe de la inspección,
Bien lo sabe Melitón.

Pero que al hombre *de tono,*
Proveedor de gran fachenda,
Le tengan ya listo el *mono,*
Y hasta le indiquen la senda
Del Ministerio de hacienda
En donde está el *borbollón,*
No lo entiende Melitón.

Que una pobrecita viuda,
De cuando la Independencia,
Vaya a pedir una ayuda
A su miseria y dolencia
Y le digan: —*Su Excelencia,*
Reservó su petición—.
No lo entiende Melitón.

Pero que atrape propina
Doña *Saca la Cadera,*
Cuñada de la sobrina
De la prima de la nuera
De un alférez que muriera
De llagas o sarampión,
Lo comprende Melitón.

Que a pedir vaya un empleo
Algún jefe invalidado,
Y no llenen su deseo
A pesar de haber mostrado
Diez medallas, que le ha dado
Con justicia la Nación,
No lo entiende Melitón.

Pero que a un *carilavado*
Le diga el ministro: —*Sí*—,
Porque le haya presentado
Un billete perfumado
Con almizcle, pachulí,
Trébol, malvas y cedrón,
Lo comprende Melitón.

¡A OTRO CAN CON ESE HUESO!

Que el señor don N. N.
Actual empleado del puerto,
Ande en coche descubierto,
Cuando solamente tiene
Un sueldito, que le viene
Como una guinda a un cañón,
Y asegure, el muy bribón,
Que es honrado hasta el exceso,
¡A otro can con ese hueso!

Que la bella Encarnación
Ruegue y llore a su marido,
Para que le dé un vestido
De lujosa confección;
Jurando que su intención,
Al tener estos antojos,
Es presentarse a sus ojos
Procurando su embeleso,
¡A otro can con ese hueso!

Que el pobre *Cornelio,* esposo
De una dama que no nombro,
Diga que va sobre su hombro
El fardo horrible, espantoso,
Del gastadero asombroso
Que se nota en su mujer,
Que siempre lo manda ver
De lo que trata el Congreso,
¡A otro can con ese hueso!

Que la simpática Rosa
Viva tendida en la cama,
Con esta y la otra dolama,
Con histérico y nerviosa,
Y que sea *santa cosa*
A su pronta curación
Un palco alto del Colón,
O una polca en el *Progreso,*
¡A otro can con ese hueso!

Que la monona *Inocencia*
Que andaba el año pasado
Con el corsé desatado
Y escupiendo con frecuencia,
Me pondere la excelencia
De los aires de las chacras,
Diciendo que de sus lacras,
Sanó tan sólo con eso,
¡A otro can con ese hueso!

Que el animal don *Simplicio*,
El padrastro de Manuela,
Ni sepa encender la vela
Para lacrar un oficio,
Y reciba el beneficio
De llenar una vacante,
Por su *criterio brillante*
O por su *maduro seso*,
¡A otro can con ese hueso!

Que la divina Constancia
Le pondere a su marido
A un primo, que ha venido
Ultimamente de Francia,
Y le pida, con instancia,
Que le alquile un cupecito
Para pasear al primito,
(Que más que *primo* es *sabueso*)
¡A otro can con ese hueso!

Me quise una vez casar
Y sintió mi buen olfato,
Que más que *liebre* era *gato*
Lo que me querían dar.
La vieja entró a ponderar
Lo que llamaba *dechao*,
Y me dije: "Estanislao:
¿Te engatusarán con eso?"
¡A otro can con ese hueso!

¡QUE SE LO CUENTE A SU MADRE!

Que al ricacho don Rufino
Le lleven, día por día,
A la niñita Sofía,
Que le llama *mi padrino*,
Y hoy le largue un macuquino,
Y mañana una gorrita,
Y algo más para *mamita*
Y me niegue que es el padre,
¡Que se lo cuente a su madre!

Que la señorita Elena
Deje, noche a noche, al can,
En un oscuro desván,
Encerrado con cadena,
Porque el oído le atruena
De noche con los aullidos,
Y sus nervios, doloridos,
No pueden sufrir que ladre,
¡Que se lo cuente a su madre!

Que el compadre de Ramón
Se muestre tan complaciente,
Que hasta el agua le caliente
Cuando quiere un cimarrón,
Y le ensille el mancarrón,
Y hasta le alcance el sombrero,
Y me jure el majadero
Que *ni mira* a su comadre,
¡Que se lo cuente a su madre!

Que a la viudita María,
La del velo y el mantón,
Le ofrezcan una reunión
De *déle piano hasta el día,*
Y frita en melancolía,
Diga: —Aunque yo a las reuniones
No voy llevando ilusiones,
Hagan lo que más les cuadre—.
¡Que se lo cuente a su madre!

EPIGRAMA

Preso antenoche llevó
A un ciudadano un sereno
Porque en casa de un galeno
Un aldabonazo dió.
El jefe le preguntó:
—¿Por qué trae este hombre aquí?
—*Pur suicida lu prendí*—;
El sereno contestó.

BATALLA DE PAVON

PARTE DEL GENERAL VENCIDO

Tú puedes seguir la guerra
O hacer lo que más te cuadre.

(ANONIMO).

Diamante, septiembre 18 de 1861.

A S. E. EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA, DR. D. SANTIAGO DERQUI

Triste es, Señor Presidente,
Para el que firma esta nota,
Dar cuenta de la derrota
Descomunal de Pavón.
Y más que triste, horroroso
Tener que participarle
Que en breve van a quitarle
Banda, elástico y bastón.

Figúrese Vuecelencia
Si el caso será apremiante
Que le escribo de Diamante

Donde hoy temprano llegué;
Y crea que no hice poco
En llegar hasta este punto,
Pues ya me conté difunto,
Como soy Justo José.

Sepa, Señor Presidente.
Que el tal Mitre es un gran zorro
Que me ha hecho *apretar el gorro* (1)
Como a un *milico* vulgar;
Y abra el ojo que le queda,
Sin despreciar la advertencia,
Y dé gracias Vuecelencia
Si se lo puedo apretar.

Tengo un temor ahora mismo
Que el corazón me taladra,
Y es que me apañe la escuadra
Al pasar a San José;
Y para aumentar mi susto
Me agita el recuerdo amargo
De Palermo; hágase cargo
Que esa vez casi me ahogué.

Pero los sustos asustan
Como dice Pero Grullo,
Y no hay más que me zambullo
Como un zamaragullón;
Pues, aunque hay veintiuna leguas
De aquí al campo de batalla,
Aun me chiflan la metralla
Y las balas de Pavón.

Esta vez me he decidido
A dejarme de balacas,
Y a metalizar mis vacas
Por lo que pueda tronar;
Porque, señor, los *salvajes*
Se nos han venido al humo,
Y el caso es, según presumo,
De alzar la *mosca* y templar.

Pero al *parte*; el tiempo urge
Y lo haré con laconismo,
Porque me largo ahora mismo

(1) Modismo vulgar, que significa *huir, ponerse en fuga*, etc.

(Y gracias que se lo dé.)
Porque no veo la hora
De pegar la zambullida,
Que el caso es llegar con vida
A secarme a San José.

El 17 temprano,
Me dijeron: —Como un buitre
Se viene volando Mitre
Sin pararse a descansar—.
Y ya salté a mi caballo,
Y ya hice atar mis cañones
Y ya escaloné escuadrones
Y ya empecé a proclamar,

Y ya tendí mis guerrillas,
Y ya puse baterías,
Y ya hice las punterías
Y ya hice un ala avanzar,
Y ya di orden de degüello,
Y ya saqué a luz mi espada
Y ya vi la porteñada
Y ya me empecé a asustar.

A los primeros disparos,
Que hice con mi artillería,
Cargó mi caballería,
Y la enemiga *templó*,
Yo me acordé de Caseros
Y dije: *¡Otra zapallada!*
Porque la di por ganada
Cuando la cosa empezó.

Pero en este mismo instante
Los *salvajes* batallones
Debajo de mis cañones
Vinieron a desplegar;
Casi todos guante blanco
Riéndose y fumando habanos,
Y una legión de italianos
Imposible de aguantar.

La famosa infantería
Que traje de la Tablada
No me ha servido de nada,
Más bien de estorbo, señor;
Y en cuanto a la artillería

Del *infeliz* de mi yerno (1),
Puede también irse al cuerno
Pues no he visto cosa peor.

Le aseguro a Vuecelencia
Que el batallón *Rosa Guerra* (2),
Puede conquistar su tierra
Si así sus infantes son,
Y que esas mismas niñitas,
Según es mi artillería,
Pueden venir cualquier día
Y no dejarme un cañón.

El caso es que me atraparon
Los cañones y artilleros,
Como diez mil prisioneros
Y diez banderas, a más;
Hornos, de cuyas costillas
Yo había encargado un *charque*,
No sé cómo me alzó el parque
Viniéndose por detrás.

En fin, Señor Presidente,
Yo empecé a gritar *¡socorro!*
Y ahi mismo me apreté el gorro
Como era muy natural,
Convencido de que en vano
Será reanudar la guerra
Y de que hay que echarle tierra
Al *partido federal*.

Sin infantes, sin cañones,
Sin tener un artillero,
Y exhausta de dar dinero
Mi caja particular;
Diga, Señor Presidente,
¿No le parece, en conciencia,
Que ni yo ni Vuecelencia
Nos podremos aguantar?

Señor: yo tengo dos ojos (3)
Y veo claras las cosas;
Siempre me acordé de Rosas

(1) El coronel Santa Cruz.
(2) Esta señora dirigió una escuela de niñas y a ellas alude el autor.
(3) El doctor Derqui era llamado en ese tiempo, por la prensa juguetona, *el tuerto Derqui*.

Y ahora lo recuerdo más;
Y aunque un ojo a Vuecelencia
Le ha quedado solamente,
Tiene más que suficiente
Para ver lo que hay atrás.

Lo que ha de hacer, por lo pronto,
Es fingir la resistencia
Para que asi Vuecelencia
Tenga tiempo de *embolsar;*
Para ello haga brigadieres
A Francia y a Lanza Seca,
Que en esto poco se peca
Después de tanto pecar.

Déle el mando a Virasoro
Del ejército fundido,
Y proclame a grito herido,
Que hemos triunfado en Pavón;
Y en tanto aproveche el tiempo
En preparar su maleta
Sin olvidar la limeta
Y diez panes de jabón.

Y no vaya a descuidarse
Y se encierre en el Rosario,
Porque un humazo *unitario*
Como a ratón le darán;
Y crea que de ese humazo
El humo no ha de ser flojo;
Y entre el humo y con un ojo...
¡Vea si lo agarrarán!

Aunque sea de miedoso
Para el agua, como un gato,
Zambúllase como un pato
Y atraviese el Paraná;
Que aunque no embolse millones
Lo primero es la existencia.
Azótese Vuecelencia,
Que yo lo aguardaré allá.

Se me olvidaba decirle
Que me lastima la idea
De que Buenos Aires vea
Los prisioneros que irán.
Vuecencia mismo los trajo

Y los vistió en la Tablada,
¿Y a qué, pues, decirle nada
De las fachas con que van?

Los porteños y extranjeros,
Que para vestir sus tropas
Por poco no les dan ropas
De terciopelo y tisú,
¿No reirán como unos locos
Al ver esa mascarada
Bonetuda y colorada
Por la calle de Perú?

En fin, Señor Presidente,
No se aflija Vuecelencia;
Sobrelleve con paciencia
Este inesperado mal.
Y consuélese pensando
Que en el mundo todo acaba,
Y que el fin ya le tardaba
Al *partido federal.*

Las sillas dictatoriales
Son sillas que bellaquean
Y es necesario que sean
Gauchos los que han de montar.
Rosas y yo, en la bellaca,
Pudimos aguantar mucho;
Vuecencia a más de *matucho*
No ve *al lado de enlazar.*

Adiós, pues, querido amigo,
Y compadre y Presidente,
Dios lo saque felizmente
De entre ese berenjenal;
Y eleve el presente *parte,*
Aunque sea un sacrificio,
Con el consiguiente oficio
Al *Congreso Federal.*

JUSTO J. DE URQUIZA.

MI NARIZ

Erase una nariz que andaba sola,
Erase una nariz como un trinquete,
Erase una nariz cual gallardete
Que en elevado mástil se enarbola.

J. J. DE MORA.

¡A ti, querido amigo, que mis cuitas,
Más de una vez enternecido oiste;
A ti, que también algo necesitas
Que el dolor mengüe de tu estado triste;
A ti, que, como yo, pestes vomitas
Contra el mismo Esculapio que te asiste;
A ti ofrezco este cántico infeliz
Al que sirve de numen mi nariz!

¡Ay, cielos! Si en el mundo las dolencias
Conforme a su grandeza recibieran
Honores, posiciones, preferencias,
Y conforme a su rango se les dieran
Tratamientos de *Usías* y *Excelencias*,
Yo creo firmemente que la hicieran
Calculando por bajo *Emperatriz*
A la *nana* que tengo en la nariz.

¿Te ríes? ¡Voto al diablo! No le pido
Ni para el mismo Urquiza al Cielo Santo
De mi nariz el tajo desmedido
Que es causa de mi pena y de mi llanto;
Pues, aunque yo abomino a ese bandido,
No debo, no, desearle daño tanto.
¿Piensas tú que es algún grano de anís
El tolondrón que tengo en la nariz?

Escúchame, ¡pardiez!, y el mismo infierno
Le preste a mi nariz sus llamaradas,
Y el demonio me la hurgue con un cuerno,
Si estas palabras son exageradas.
Prefiero andar desnudo en el invierno,
Y también que me partan en tajadas,

A andar con la bonita flor de lis
Que me dejó una reja en la nariz.

¿Lo dudas? No es extraño; tu *nanita*
A más de estar oculta, duele poco
Y te vas donde quieres de visita.
Por eso a mí, que en mi desdicha toco
La sedentaria vida de la ermita,
Y que estoy de aburrido medio loco,
Me crees tú muy dichoso y muy feliz
¿Quieres usar dos días mi nariz?

¡Ni un minuto la usarás! No es chacota
El llevar la nariz como una pera
De la clase que llaman *bergamota*,
Sintiéndola crecer de tal manera
Que hasta parece que el aumento trota
Y galopa y se lanza a la carrera.
¿Qué será con el tiempo la nariz
Comparada ¡gran Dios! con mi nariz?

Será lo que un pigmeo es a un gigante,
Será lo que una oruga es a un alano,
Será lo que un mosquito a un elefante,
Será lo que una gota es al oceano,
Lo que es una alfajía a su tirante,
Lo que es un acordeón a un fortepiano.
Todo tiene su rol, y como *actriz*
¡Qué triste rol le aguarda a mi nariz!

Yo creo que curarla hasta es en vano.
Con parches y con mil medicamentos
La abrumo, me atosigo y no la sano.
De todos los más crueles *tratamientos*,
La cuitada sufrió el yugo tirano;
Diez mil clases de líquidos y ungüentos
Danle a la pobre un infernal barniz.
¡Desventurada, mísera nariz!

Montes de Oca, que dice que es preciso
Someterse a tan hórrido sistema,
Viene anteanoche y sin pedir permiso,
Saca piedra infernal, y me la quema.
Después que me la asó como un chorizo,
Me dice ese caribe con gran flema:
—*¡Oh, no te va a quedar ni cicatriz!*—
¡Y hete aquí chamuscada mi nariz!

Ardan en buena hora en el profundo
Alcázar de Plutón, cuanto bandido
Haciendo daño atravesó este mundo,
Que lo tienen ¡pardiez! bien merecido.
Pero, ¡estrella fatal! ¡hado iracundo!
¿De dónde vuestra furia ha provenido?
¡No te conozco ni el menor desliz,
Y te achicharran, mísera nariz!

¿Vuelven la Inquisición y Torquemada?
Mi nariz no es hereje ni hechichera,
Es cristiana y devota consumada,
Siempre en misa se encuentra la primera.
Y cree en la Concepción Inmaculada
Y en todo cuanto hacerla creer se quiera.
Siempre ella veneró el *sobrepelliz.*
¡Y hacen *auto de fe* con mi nariz!

Contra mí la fortuna se desata;
¡Qué triste porvenir, oh amigo, veo!
Por pocas no me ajusto la corbata
Hasta ahorcarme, en mi amargo devaneo.
¡Presentar por nariz una batalla!
¿Qué mujer va a querer a hombre tan feo?
¡No hallaré ni una triste meretriz
Que no me haga la cruz por mi nariz!

¡Cuánta gresca me viene y cuánto enredo!
Todo bicho que pase por mi lado,
Al ver que yo ni defenderme puedo
De mi nariz monumental cargado,
Me soltará la pulla de Quevedo:
Erase un hombre a una nariz pegado;
Y esto cualquiera infame fregatriz;
¿Y quién deja en su casa la nariz?

¡Volved desde hoy a la insondable nada,
Oh célebres narices argentinas!
Vuestra gloria orgullosa está eclipsada.
Retírense del Pont y los Alsinas
A la dulce y feliz, *vida privada.*
Retírense también las peregrinas
Narices de Beláustegui y Muñiz.
¡La fama ya proclama a mi nariz!

¡Narices de Cuyar, Suárez y Escola!
También vuestro prestigio está quebrado,

También se apagó vuestra augusta aureola,
También tocó a su fin vuestro reinado.
La mía, sobre todas, reina sola
Después que vuestros cetros ha trozado.
¡Silencio y doblegad vuestra cerviz,
Que se alce soberana *mi nariz!*

EL ALBUM

El álbum, en su verdadero objeto, es un repertorio de la vanidad.

LARRA.

¿Qué es un álbum? Un librote
De muy lucida apariencia;
Pero andar a raudo trote
Tras del sabio y tras del zote
Es la ley de su existencia.

Es un ser impertinente
Que se presenta, atrevido,
Sin que nadie lo presente,
Diciendo muy sueltamente:
—*Aquí estoy porque he venido.*

Es una rara entidad
Que en mi escritorio se cuela,
Y me exige, sin piedad,
Ya versos a una beldad
Con rostro de bisabuela,

Ya a *fulana* que se va
Una *triste despedida,*
Mientras que a mí ¡ja! ¡ja! ¡ja!
Maldito si se me da
Un pito de tal partida.

Ora me viene pidiendo
Un soneto lacrimoso
Para una viuda, aunque viendo
Esté yo que se está riendo
Del cadáver de su esposo.

Ya me pide que alce un canto
En su álbum, doña Mamerta,
Por ser día de su santo,
Y yo me digo entretanto:
—¡Que no haber nacido muerta!—

Ora sus fojas doradas
Me ofrece el álbum de alguna
De esas brujas arrugadas,
Que se figuran ser *hadas*
Cuando son una aceituna (1).

Y es precisa condición
La de hacer que en versos lea,
Que *estrellas sus ojos son*,
Y que es *celeste visión*
Aunque del *infierno* sea.

Y con no escribir así,
Cuidadito ¡voto a bríos!
Pues se pondrá como ají,
Y me dirá: —*Sólo a mí*
Me hace usted versos tan fríos.

Ya porque Juana *ha salido*
De cuidado, verso o prosa
Pide su álbum maldecido
Para ese recién nacido
Que llora por *otra cosa.*

Voy a hacer una visita:
—*Servidor de ustedes...*— ¡Zas!
(El álbum de Mariquita)
—*Póngame alguna cosita...*
—*¡Vade retro, Satanás!*

Oigo clamar a Clarisa
Por médico de repente;
Salgo en mangas de camisa
Caminando a toda prisa
Porque el caso es muy urgente.

—Servidor de usted, señora,
¿Vive aquí el doctor Pagliano?
—Se mudó, yo vivo ahora.

(1) Aprensada.

¡Tráeme el álbum, Isidora!
—Mire usted que...
—Está a la mano—.

Contento y bienhumorado
Salgo ayer a mis quehaceres,
De un fuerte peso aliviado,
Después de haber despachado
Los libros de dos mujeres.

Llego a casa fatigado
De escribir en la oficina,
Y me espeta mi criädo
Tres librachos que han mandado
Juana, Rosa y Saturnina.

No conozco a la primera,
A la segunda de vista;
Y ¡ay! en cuanto a la tercera,
Un Byron me considera
Cuando soy un ruin versista.

¡Miserable condición!
Y en tan agudo tormento
Me armo de resignación,
Y en vez de una maldición
Les mando versos sin cuento.

¡Un álbum! Sin que lo pueda
Evitar. más me horroriza
Que el *tormento de la rueda.*
¡Prefiero estar en Cepeda
Rodeado por los de Urquiza!

¿Qué es un álbum? Un librote
De muy lucida apariencia,
Pero andar en raudo trote
Tras del discreto y del zote
Es la ley de su existencia.

Es, por último, el cabrión
Más fatal de los cabriones
Es peor que una maldición.
¡Yo pido su abolición
Con *toditos* mis pulmones!

PROYECTO DE DECRETO

LA CAMARA DE REPRESENTANTES, ETC.

Considerando: 1º:
Que las damas han falseado
El destino señalado
Al álbum por su inventor;
Puesto que el prior del convento
Que alzó en los Alpes San Bruno,
No por crear un importuno
Elemento, el álbum creó (1).

2º — Que en muchas niñas
La sencillez adorable,
Por el álbum execrable
Ya casi perdida está;
Puesto que con las lisonjas
Que en él vierten los poetas,
Si no se vuelven coquetas
Se llenan de vanidad.

3º — Que es altamente
Inmoral, porque es notorio
Que es un libro atentatorio
A la santa Ley de Dios;
Desde que está establecido
Que aquel que un álbum reciba
Es necesario que escriba
De mentiras un millón.

4º — Que el uso del álbum
Contra un artículo atenta
(Véase el 160)
De nuestra Constitución;
Pues sin que se le declare

(1) Según el célebre *Fígaro*, el origen del álbum es debido a un libro que llevaban los religiosos de un convento fundado por San Bruno en el corazón de los Alpes, el cual libro era ofrecido a los peregrinos que se hospedaban allí para que dejasen en él sus nombres.

Autoridad competente
ALLANA arbitrariamente
Cualquier casa habitación.

5º — Que en vez de proveer
Al fomento de las artes,
Lo ataca en todas sus partes
Matando la inmigración;
Pues si llega a nuestras playas
Al otro día se aleja
Porque el álbum no la deja
Trabajar como creyó;

Con toda fuerza de ley
Hoy ha acordado y decreta:
1º — Queda sujeta
A pena discrecional
Toda dama a quien se encuentre
Su álbum a alguien remitiendo
Y prosa o versos pidiendo
Que inciensen su vanidad.

2º — Se le autoriza
Al que un álbum lo moleste,
Para que en el acto arreste
A aquella que se lo envió;
Y breve y sumariamente
La juzgue, y si la condena
Le aplique al punto la pena
Del artículo anterior.

AL INTENDENTE PORTERO

DE LAS

HONORABLES CAMARAS LEGISLATIVAS

I

Sus cantos a los héroes debe el bardo:
A Garibaldi le cantó Fajardo;
Por Rivadavia, de entusiasmo loca,
La lira resonó de Montes de Oca;
Paz (Carlos L.), en su entusiasmo ardiente,
Cantó al descubridor de un continente;
De Cepeda a los héroes, digno canto
Alzó Ibarbalz, con entusiasmo santo;
Mitre cantó las glorias de Lavalle;
No es justo, pues, señores, que yo calle
Ante la heroica, colosal figura,
Que hoy presta a nuestra gran Legislatura
Los servicios más finos y eminentes
Para honor de porteros intendentes.

II

Su nombre por el mundo se dilata
Desde las playas del soberbio Plata,
Que aunque de plata fuera realmente
Ni un bledo se le diera a mi intendente;
Pues la plata que diera el río entero,
Nada sería al lado del tintero,
Que a fuer de honrado y fiel depositario
Guardado tiene en colosal armario;
Y que hace su placer, su lujo y gala
Llevándolo en sus brazos a la Sala,
Y al cual, en la efusión de su cariño,
Lo abraza y besa cual la madre al niño.
¡Con lápiz mi héroe retrató Camaña,
Yo a hacerlo en verso voy a darme maña!

III

Es el poder de mi hombre, ilimitado,
Puesto que es extensivo hasta el Senado;
El jura que allí tiene su *incumbencia;*
Y debe ser así, pues obediencia
A más de Emilio y *Claurio* le han prestado
Siempre los dos sirvientes del Senado.
¿Qué importa que le llamen *el portero?*
Tal profesión dió gloria al Can Cerbero;
Y, en fin, todos sabemos de chicuelos
Que San Pedro es *portero* de los cielos.
De poder en el mundo es un portento,
Pues cuando va la guardia hasta el sargento
De mi héroe los mandatos obedece,
Y su poder de día en día crece.
¡Que venga el mismo Napoleón III
Y de Rodríguez desconozca el fuero!
¡Que le ocupe un sirviente, o que la puerta
De algún armario se la deje abierta!
Ya verá el audaz entrometido
A donde iría a dar con el gruñido
Que a guisa de pantera o león rugiente
Le soltara furioso mi intendente.
¡Descuélguese a esta tierra el Padre Santo
Que bajo el rojo pontificio manto
Despotiza a sus pueblos, inclemente!
¡Que venga aquí a jugar con mi intendente,
Colándose a la barra por la puerta
Que sólo a ciertas gentes está abierta!
¡Guay, si Rodríguez al entrar lo atrapa,
Ni el polvo queda del incauto Papa!

IV

Que resucite el Cid, gloria de España,
Y diga si es hazaña o no es hazaña
Lo que hace día a día este intendente
Espeluznando a la admirada gente.
¿Quién puede leer sin conocer la J
A no ser que la ciencia tenga ignota
Con que mi hombre lee el diario sin trabajo
Poniéndolo de arriba para abajo?
¡Y esto, en la misma puerta de la calle,

Aunque de risa el transeúnte estalle!
¡Salga el hombre o mujer más mentirosa
Y diga si es capaz de hacer tal cosa!

V

¿Quién más veloz se presta y más activo
Para *ir hasta el Poder Ejecutivo*
Cuando una comisión, en conferencia,
De un ministro reclama la presencia?
¡Nadie, Rodríguez! En tu *silla-cama*
Duerme, que nadie eclipsará tu fama.
Todos los hombres han sufrido
De la calumnia el peso, y si ha caído
Sobre tu nombre y fama de intendente,
Alza la pura e inmaculada frente,
Y si alguien dice que al amor abierta
De noche tienes la sagrada puerta,
Contéstale, encrespándote, que miente,
Dándote todo tu aire de intendente.
Y pues que yo tus glorias he cantado,
Voy a cumplir con un deber sagrado:
A Lafayette la Unión Americana,
La República hermosa y soberana
Le dió tierras, honores y dinero;
Yo que también premiado verte quiero,
Le digo a Emilio Castro, el Presidente,
—*Señor: álcele el sueldo al intendente.*

CARTA DE VENTOSA SARJADA

ENDEREZADA NADA MENOS QUE A SU AMIGO DON BARTOLOME MITRE, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Ya van tres o cuatro días
Que me anda por la mollera
El pensamiento atrevido
De enderezarle unas letras.
Por un lado me tentaba
A acometer tal empresa,
El deseo de ofrecerle
Alguna que otra advertencia,

Que puede servirle de algo
Al que tan alto se encuentra,
Que es fácil que algunas cosas
Que están abajo no vea.
Por otro lado, es tan duro
El tratar con *Excelencias*
Al que no fué palaciego
Ni entiende de ello una letra,
Que al ir a mojar la pluma
Desistía de la idea.
Pero ¡qué diablos! si somos
En esta bendita tierra,
Republicanos *a macho*
Y demócratas *de veras,*
Sin andar con cortesías,
Ni con mucha francachela
Porque al fin la democracia
No quiere decir *licencia*
(Perdóneme estos apartes
Porque son mi maña vieja),
Voy a escribirle unas líneas,
Sí, señor, a Vuecelencia,
Aunque las eche al carnero
Sin pasar ojo por ellas.
Pero este *introito* ya es largo,
Vamos entrando en materia.
Mire, señor don Bartolo,
Aunque no sea modestia,
Yo soy un buen ciudadano,
Un patriota de esta tierra,
Capaz de hacerme romper
La crisma por defenderla
De bellacos, de ladrones,
Y de tantos sinvergüenzas,
Que aunque hablan mucho de patria
Sólo piensan en talegas.
Yo soy Ventosa Sarjada,
El sin pelos en la lengua,
El que canta la cartilla
Sin andar con muchas vueltas,
Sea que hable con un triste
Más pobre que una corneja,
O tenga en frente un alegre
Con más plata que Anchorena,
O se le ponga delante
Una coronada testa.
A bien que ya me conoce

Desde ha tiempo Vuecelencia,
Que al fin el pobre Ventosa
Es su amigo desde otra época.
Pero ¡qué diablos! ha rato
Que quiero entrar en materia,
Pero ni Cristo la para
Cuando empieza a andar mi lengua.
Pues, señor, basta de prólogo,
Vamos a lo que interesa.
Mire, señor don Bartolo,
Yo le aseguro por esta (†),
Que en la marcha que usted sigue
Hay cosas que no son buenas.
Y cargue el diablo conmigo,
Rómpame una o las dos piernas,
Y háganme leer *El Mercurio*,
Si la intención que me lleva
A enderezarle esta epístola
No es la intención más sincera.
Usted, señor don Bartolo,
No debe andar con tonteras,
Creyendo que pretendemos
Darle un tumbo de cabeza,
Los que no batimos palmas
Por cuanto hace Vuecelencia.
Ninguno piensa en tal tumbo,
Nadie su ruina proyecta,
Ni hay tal *vuelta de carnero*,
Ni cosa que se parezca.
¿Qué diablos, ni qué botijas,
Ganamos en las revueltas
Los muchachos que anhelamos
Sólo el bien de nuestra tierra?
¿Qué bien nos traen las trifulcas?
¿Plantarnos la cartuchera,
El kepí, *plan, rataplán*
Media vuelta a la derecha,
Paso redoblado, marchen,
Batallón, guía a la izquierda?
Y juguémosle alpargatas,
Y andemos ochenta leguas,
Y forme al toque de diana
Con escarcha y con estrellas,
Pase lista, toque parte,
Y ejercicio y academia,
Y ¿a quién le toca la guardia?

Y ¿quién va de centinela?
Y que hay que ir a la carneada
Y manténgase uno *a oveja,*
Y que la caramañola
Está lo mismo que yesca,
Y que el capitán de campo,
Y que la carpa se anega,
Y que sopla un viento fuerte,
Y que a las nubes se vuela,
Que ajústenle las estacas,
Que alcáncenme la maceta,
Y que se moja la ropa
Y que se acabó la yerba,
Y que a diez ni veinte cuadras
Hay *charamusca* ni leña,
Y que si faltó a la lista
Plantón de semana y media,
Y que están echando *golpes,*
Y que ya tocan retreta,
Y que tocaron silencio,
Y que apague usted la vela;
Que no viene el comisario
Y que ya estamos a treinta,
Y que vino el enemigo,
Y déle bala en Cepeda,
Y juéguele retirada
A pata y catorce leguas,
Y venga uno a Buenos Aires,
Y hágale una manganeta
A don Valentín Alsina,
Y así se acaba la guerra.
Y que suba Llavallol
Porque ayuna en la cuaresma
Y que venga Urquiza y Derqui
Para que el pueblo los vea,
Déle abrazos, déle besos,
¡Municipales! ¡alerta!
Que Urquiza viene al balcón,
Que después va a ir a la mesa,
Que hay brindis, que hay Washingtones,
Que hay formaciones y fiestas,
Que la quinta de Lezama
Desde temprano está llena,
Y que después hay Pavón,
Y que el demonio nos lleva,
Y marche usted a campaña,
Conforme marchó a Cepeda,

Y eche al hombro la mochila
Y *¡Adiós, que usted se divierta!*
Y que quedó la familia
Con una triste libreta
Que entre picos y azadones...
¡Cállate, cállate lengua!
Y que después de todo esto,
Cuando uno ya está de vuelta
No tenga más opinión,
Que la que imponerle quiera
Esa turba de adulones
Que al lado de Vuecelencia,
Mientras mendigan empleos
Le bailan la *zamacueca,*
Que habrá usted bailado en Chile
En época más adversa
Y que si llega algún día
La fortuna a darse vuelta,
Como trataron a Alsina
Tratarán a Vuecelencia,
Pegándole un puntapié
Y echándolo a esa cisterna
Que llaman *vida privada*
O a que cultive una huerta,
Y echando sobre su nombre
Todo el barro de sus lenguas,
Dirán muy tranquilamente,
Hablando de Vuecelencia:
—*¡Ni sirvió para la paz,*
Ni sirvió para la guerra!—
Sin ver que gracias a Mitre
Rellenaron sus talegas.
Los mismos que siempre odiaron
A la juventud severa,
A quien proclamó en la Plaza
No hace mucho Vuecelencia
Diciendo: —*¡Triple corona*
Circunda vuestra cabeza!—
Recordándoles tres glorias
¡Septiembre, Sitio y Cepeda!
Para llevarla a Pavón
Adonde marchó contenta.
Pero ¡qué diablo! al momento
Me exalto de tal manera,
Que el entusiasmo me sube
En tropel a la cabeza,
Y hace que esta carta salga

Agridulce y jocoseria.
Vamos despacio, Ventosa
¿Dónde vas tan de carrera?
Pero el diablo que la pare
Cuando empieza a andar mi lengua.
En fin, señor don Bartolo,
No vaya a tener la creencia
De que nosotros queremos
Que se lo lleve pateta.
Le he dicho que nadie quiere
Darle un tumbo de cabeza,
Que ni hay *vuelta de carnero*
Ni cosa que se parezca.
Que si esto le dicen, mienten
Todos esos sanguijuelas,
Que lo adulan y lo engañan
Y lo aturden y marean.
Lo que nosotros queremos,
Se lo diré a Vuecelencia,
Pues ya le he dicho que nunca
Tuve pelos en la lengua.
Por una parte, deseamos
Que siga en su presidencia
Sin bullas, sin alborotos,
Sin *Pavones*, sin *Cepedas*.
Pero por otro, también
Queremos de todas veras,
Que haya un Congreso decente
Y no un *congresito oveja*,
Que en lugar de dictar leyes
Que hagan el bien de esta tierra,
Se ocupe de pagar *robos*
Denominándolos *deudas*.
También se nos da la gana
De combatir esa idea,
Que no sé cómo demonios
Se le metió en la cabeza,
De federalizar toda
Nuestra gran provincia entera.
También queremos, señor,
Tener nuestra lengua suelta
Para dar nuestra opinión
Cada vez que nos convenga,
Sin que la prensa adulona,
Ni tampoco Vuecelencia,
Nos tenga por enemigos

De nuestra querida tierra,
Por quien daremos mil veces
La sangre de nuestras venas.
Queremos, general Mitre,
Y lo queremos, de veras,
Que haga venir a Paunero
Y deje a Córdoba quieta
Con sus mil gobernadores,
Sus enredos y sus letras;
No diga que los porteños,
Porque tienen bayonetas,
Van a ganar elecciones
A cien leguas de su tierra.
Queremos que a Buenos Aires
Se le tenga siempre en cuenta
Los servicios que ha prestado
A la República entera.
Que no le nombren tutores
Porque ya la niña es vieja,
Y sus altos intereses
Nadie entiende mejor que ella,
Que sabe lo que es la *paz*,
Y sabe lo que es la *guerra*,
Y lo que son emisiones,
Y lo que es papel moneda,
Y lo que tiene en el Banco,
Y lo que valen sus tierras,
Y que, aunque muy generosa,
No es una niña de teta,
Pues ya tiene algunas canas,
Medio siglo de experiencia,
Un poco de justo orgullo,
Y, en fin, *etcétera, etcétera.*
¿A qué extenderme en apuntes
Que llenarán una resma?
Queremos, por fin, señor,
Que ni por los diablos crea
Que andamos viendo de darle
Algún tumbo de cabeza.
Nada, señor Presidente,
A esas cosas no dé oreja;
No hay tal *vuelta de carnero*
Ni cosa que se parezca.

HONORARIOS POR DUELOS

Buenos Aires, julio 30 del año 69.

Don Héctor F. Varela

AL PARDO DEL CAMPO

DEBE

Por evitarle el mal rato
De ir a responder al reto
Que le dirigió el mulato
Llamado Benito Neto.

Lance en que pudo sacar,
Si no molidos los huesos,
Algún chichón que curar . . . . . 125 $

Por ahorrarle otra función
De *empuñadura o gatillo*
Con Gómez, el mulatillo
Que escribía en *La Nación*;

Grave, peligroso asunto,
Y siempre sostendré yo,
Que si en él no hubo un difunto
Fué... porque nadie murió.

Trabajé como un Rodín:
Si lo dudan, ahí están
Delfín Huergo, Carlos Keen,
Y el mulato de Galván.

Sostuve la discusión
Con el doctor Delfín Huergo,
Que soltaba *ergo* tras *ergo*,
Deducción tras *deducción*.

Si, al fin, se desató el nudo,
Yo fuí el inventor del modo,
Porque, como Keen es mudo,
Tuve yo que hablarlo todo.

Hubo planes sanguinarios,
Y se habló de *volar sesos,*
Por eso estos honorarios
Los taso en . . . . . 200 $

Por arreglar la "Cuestión
Ramírez" (otro mulato)
Que es la horma de su zapato
(Al menos, es mi opinión).

Grande, tremendo pastel,
En que apurados nos vimos,
Pues nos echó de padrinos
A un doctor y un coronel.

En este arreglo sufrí
Los tormentos del infierno...
¡Qué disputar tan eterno!
¡Qué discursos los que oí!

Mi colega (otro doctor)
Lo nombraré: fué Quintana,
A las tres de la mañana
Se encontraba en lo mejor.

Con Juan Carlos se trenzaron
Y allí, con la boca seca,
A vomitar empezaron
Cada uno su biblioteca.

¡Qué de citas tan *al pelo*
Se hicieron aquellos dos,
A propósito del *duelo*
Llamado el *juicio de Dios!*

Puedo ser un animal
Pero hicieron esos dos,
Mas bien que un *juicio de Dios*
Un juicio... un *juicio final.*

¡Nunca olvidaré esa noche!
Citas vienen, citas van,
"A propósito de un coche
Que atropelló a un sacristán."

Allí, las *Leyes de Toro,*
Allí, las de *Justiniano*
Allí, hasta el *Catón Cristiano*
Y las *prácticas del foro,*

Déle *espiche,* tras de *espiche,*
Y éste es un *juicio arbitral,*
Porque el *Código Rural*
Dice lo mismo que *Escriche.*

Y unas leyes consumidas,
Sacaban de otro montón:
Salió la del *Aluvión,*
En ancas de *las Partidas.*

Y el *Código criminal,*
Y a más, las *Recopiladas,*
Y diez o quince *Acordadas*
Del *Superior Tribunal.*

Ya con el gañote seco,
Y a las tres de la mañana,
Desfallecido Quintana
Dice al coronel Pacheco:

—¿No está el señor coronel
De acuerdo con mis *teorías*?
—¡Diga usted *galimatías;*
Esto ha sido una Babel!—

¡Al fin, al fin conseguimos
Dejar a los dos ilesos!
¡Qué talento de padrinos!
Son . . . . . 75 $

Interés del 2%
De las cifras anteriores,
Algunos gastos menores
Según mi *libro de asiento,*

Como ser: habanos buenos,
Té, coñac y bizcochuelos,
(En toda clase de *duelos*
Los "duelos" con pan son menos).

Por el coche requerido
Para llamar la atención,
Gastos de publicación
Del *pastelón* convenido.

Por el alquiler de un par
De pistolones de arzón,
(Tomados a condición
De volverlos sin usar).

Por exhumar unos huesos
(Preparando enterratorio)
Y artículos de escritorio
Por todo . . . . . 300 $

Resumiendo: Por tres duelos
Que le evité en esta vida,
Sin exponerlo a una herida,
Ni a que le arranquen los pelos;

Ahorrándole el ser actor
En sanguinarios excesos,
Por mal entendido honor
Total . . . . . 700 $

F I N

INDICE

Pág.

Estanislao del Campo 5
Dedicatoria: A la Patria 7

ACENTOS DE MI GUITARRA
FAUSTO

Fausto 9
A don Aniceto el Gallo 42
Anastasio el Pollo a Aniceto el Gallo 44
El destino de una flor 51
Gobierno gaucho 52

POESIAS COMPLETAS
COMPOSICIONES VARIAS

Jesús 55
América 61
La hermana del pescador 70
Luz y sombra 78
Lágrimas y cantares 82
Tú y yo 86
A María 88
A unas lágrimas 89
A Carlos Mayer 92
¡Te adoro! 94
Serenata 95
Flores del tiempo y flores del alma 97
Páginas de mi cartera 98
Barcarola 99
Plegaria 101
¡Adiós! 102
Ayer, hoy y después 103
Cantares 103
¡Asílalo! 105
Ultima lágrima 105
Llorando la muerte de una mártir 106
A tu partida 107

Pág.

Mis votos 108
A la niña Laurentina Wilson 109
A Belén Castellanos de Martínez de Hoz 110

COMPOSICIONES FESTIVAS

Monólogo de un tronera 112
Mi oración a todas horas 115
El y Ella 116
Sonetos 121
El sereno 123
Por la plata baila el mono 125
¡A otro can con ese hueso! 127
¡Que se lo cuente a su madre! 129
Epigrama 130
Batalla de Pavón 130
Mi nariz 136
El álbum 139
Proyecto de decreto 142
Al Intendente Portero de las Honorables Cámaras Legislativas 144
Carta de Ventosa Sarjada 146
Honorarios por duelos 153

Una Biblioteca que Usted leerá con gusto

COLECCION ORBE

QUEVEDO: *Discursos Festivos.*
ENRIQUE LARRETA: *El «Linyera».*
IBSEN: *Casa de Muñecas.*
SHAKESPEARE: *Las Alegres Comadres de Windsor.*
BRETÓN DE LOS HERREROS: *Muérete ¡y Verás!...*
QUEVEDO: *Poesías Burlescas.*
BELISARIO ROLDÁN: *Rozas.*
FRANCISCO DE ROJAS: *Entre Bobos Anda el Juego.*
CERVANTES: *Viaje del Parnaso.*
QUEVEDO: *Prosa Festiva.*
VÉLEZ DE GUEVARA: *El Diablo Cojuelo.*
JUAN DE VALDÉS: *Diálogo de la Lengua.*
JOSÉ MARTÍ: *San Martín - Bolívar - Wáshington.*
QUEVEDO: *Sátiras Poéticas.*
SHAKESPEARE: *El Sueño de una Noche de Verano.*
VÉLEZ DE GUEVARA: *Reinar Después de Morir.*
CALDERÓN DE LA BARCA: *Guárdate del Agua Mansa.*
ENRIQUE LARRETA: *Las dos Fundaciones de Buenos Aires.*
LOPE DE VEGA: *La Dama Boba.*
QUEVEDO: *Escritos Burlescos.*
BELISARIO ROLDÁN: *El Puñal de los Troveros.*
HERNÁNDEZ: *Martín Fierro.*
ENRIQUE LARRETA: *Santa María del Buen Aire.*
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: *Los Empeños de una Casa.*
BÉCQUER: *Rimas.*
QUEVEDO: *Poesías Amorosas.*
LOPE DE VEGA: *El mejor Alcalde, el Rey.*
LEOPOLDO ALAS (Clarín): *El Señor y lo Demás son Cuentos.*
GARCILASO DE LA VEGA: *Obras Completas.*
HARTZENBUSCH: *Los Polvos de la Madre Celestina.*
QUEVEDO: *Marco Bruto.*
CHATEAUBRIAND: *Vida de Rancé.*
SHAKESPEARE: *Mácbeth.*
ERCKMANN-CHATRIÁN: *Recuerdos del Canal de Suez.*
LONGO: *Dafnis y Cloe* (Traducción de Juan Valera).
SHAKESPEARE: *El Rey Lear.*
BELISARIO ROLDÁN: *El Rosal de las Ruinas.*
LOPE DE VEGA: *La Discreta Enamorada.*
FRANCISCO DE ROJAS: *Del Rey Abajo, Ninguno.*
QUEVEDO: *Prosa Satírica.*

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS
TALLERES GRAFICOS AESOPE
S. R. L.
CERRITO 1533/41
BUENOS AIRES
EL DIA
18 DE AGOSTO DE 1941

OTRA BIBLIOTECA
QUE UD. LEERA CON GUSTO

Colección Orbe

JOSE HERNANDEZ
Martín Fierro

BELISARIO ROLDAN
El Puñal de los Troveros
El Rosal de las Ruinas
Rozas

BRETON DE LOS HERREROS
Muérete ¡y verás!...

FRANCISCO DE ROJAS
Entre Bobos Anda el Juego
Del Rey Abajo, Ninguno

CERVANTES
Viaje del Parnaso

VELEZ DE GUEVARA
El Diablo Cojuelo
Reinar Después de Morir

JUAN DE VALDES
Diálogo de la Lengua

BECQUER
Rimas

CALDERON DE LA BARCA
Guárdate del Agua Mansa

LOPE DE VEGA
La Dama Boba
El Mejor Alcalde, el Rey
La Discreta Enamorada

GARCILASO DE LA VEGA
Obras Completas

HARTZENBUSCH
Los Polvos de la Madre Celestina

CHATEAUBRIAND
Vida de *Rancé*

ERCKMANN - CHATRIAN
Recuerdos del Canal de Suez

LONGO
Dafnis y Cloe (Traducción de Juan Valera)

JOSE MARTI
San Martín - Bolívar - Wáshington

SHAKESPEARE
El Rey Lear
Macbeth
El Sueño de una Noche de Verano
Las Alegres Comadres de Windsor

QUEVEDO
Discursos Festivos
Poesías Burlescas
Prosa Festiva
Sátiras Poéticas
Prosa Satírica
Escritos Burlescos
Marco Bruto
Poesías Amorosas

IBSEN
Casa de Muñecas

ENRIQUE LARRETA
El "Linyera"
Santa María del Buen Aire
Las dos Fundaciones de Bs. Aires

Biblioteca Mundial Sopena